

entreUnos

alucinación y delirio

diciembre
2017

3

Índice

Cero

Lo singular

Ir y volver bajo forma delirante. <i>Laura D´Agostino</i>	08
Presentación de pacientes. Caso Mario. <i>Aracelli Marchesotti, Florencia Fiorentino</i>	12
Gustavoleo. <i>Gustavo Slatopolsky, Ricardo Seijas</i>	14
Cuarto: Comentario de Christophe Le Poec.	20

Lo colectivo

Introducción. <i>Gustavo Slatopolsky</i>	26
Del suspenso infinito al rey del tiempo. <i>María Eugenia Sanchez, Martina Cichetti</i>	28
El cuento del pescado. <i>Gustavo Slatopolsky</i>	32
Olvido real. <i>Gustavo Slatopolsky</i>	39
El lugar de lo electivo en un caso de psicosis: saber hacer con el ideal. <i>Pablo Ugarte, Celeste Villaronga</i>	41
El secreto de la transferencia. <i>Gustavo Slatopolsky</i>	44

entre lenguas

Stabilisation de phénomènes élémentaires psychotiques dans un cas de psychose infantile. <i>François Sauvagnat</i>	50
Estabilización de fenómenos elementales psicóticos en un caso de psicosis infantil. <i>François Sauvagnat / Traducción: María Romé</i>	54
Jimmy. <i>Christophe Le Poec</i>	58
Jimmy. <i>Christophe Le Poec / Traducción: Lore Buchner</i>	63

Huellas

Huella de un saber perdido. <i>Gerardo Battista</i>	70
Huellas de la cigarra. <i>María Romé</i>	72

Saber hacer

Aprendiendo sobre el Asperger, <i>Sonia Miguez</i>	76
--	----

Sobre el mecanismo y sus consecuencias subjetivas

Florencia Fiorentino, Aracelli Marchesotti

“Siempre es bueno impedir que se estreche nuestro horizonte (...) Ser psicoanalistas implica tener presente que el mundo no es exactamente como cada quien lo concibe, sino que está tramado por esos mecanismos que ustedes pretenden conocer”. Lacan, El seminario 3, Las psicosis.

El autismo está de moda y ello arrastra consecuencias. Opacar la conversación en torno a las psicosis en la infancia – en su dimensión de fenómeno e invenciones – es una de ellas. Recogemos el guante en este número de entreUnos.

Creemos haber avanzado algo y seguramente así sea. Pero no basta con tomar un número de claves para aprovechar y dejar de pensar. Las categorías, los conceptos, la teoría en nuestra praxis psicoanalítica, están hechos para extraer de ellos las consecuencias más auténticas para el sujeto y para los psicoanalistas, concernidos en esa experiencia.

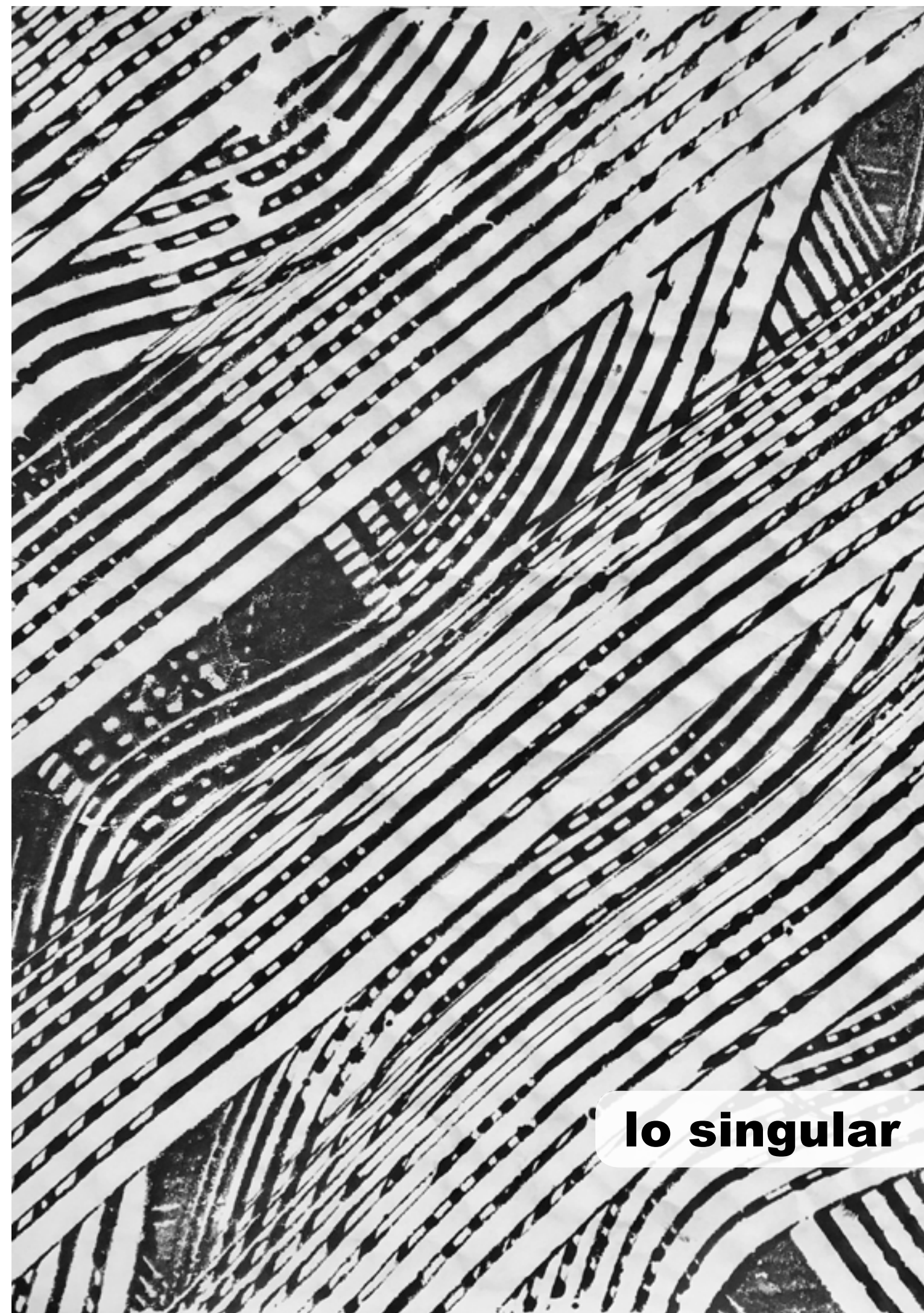
Retomar una y otra vez el rumbo que el trabajo con los chicos que vienen a la cigarra nos señala, mantenernos en la exploración clínica y en su elaboración, tomar en serio la experiencia para reencontrar la orientación que la ética del psicoanalista pide, vuelve a ser la brújula para nuestra revista.

Y para eso, esta vez, nos mantenemos a nivel del fenómeno: la alucinación y el delirio.

¿Qué sujeto supone la afirmación sobre la existencia del niño autista en lo real? ¿qué implicancias el co-habitar la lengua?; ¿qué posibilita el armado de un delirio en la organización lingüística de las psicosis en la infancia? ¿qué lectura es posible en la práctica clínica cuando el delirio se expande por todo el dispositivo? ¿qué modo de intervención y cuál es la ética en juego cuando el sujeto demanda al dispositivo una solución a su padecimiento por vía delirante?.

Estos fueron algunos de los interrogantes que pulsaron el acto de escribir un nuevo número y así dar cuenta del armado de nuevas lecturas sobre nuestra práctica psicoanalítica con autismo y psicosis.

Una vez más, entreUnos propone dar cuenta del pasaje entre un modo de tratamiento solitario que el sujeto se inventa para buscar alivio al padecimiento, hacia una modalidad en la que el lazo tenga lugar: análisis individual, talleres, presentación clínica, clases coordinadas por un paciente, entre otros con quienes habitar un mundo menos sufriente. Del Uno solo al entreUnos como un invento del dispositivo que para operar necesita de otros y que no cesa de apostar al lazo social.



lo singular

Ir y volver bajo forma delirante

Laura D'Agostino

Mario nace bajo las coordenadas de un duelo congelado en la madre. La muerte de un tío materno ocurrida en el primer año de vida del niño, lo dejara imposibilitado de escapar a la mirada certera de ella, es decir de aparecer y hacer desaparecer su imagen en el Otro. Permanece así en el fantasma materno como un objeto siempre susceptible de perderse.

Entra en el dispositivo clínico a partir de ser expulsado de las escuelas a las cuales ingresa y como consecuencia de manifestaciones violentas, como pegar, molestar, burlarse tanto de sus pares como de los adultos. Pasajes al acto que se repiten y que lo arrojan de cualquier escolaridad posible, quedando en un permanente *fuera* de escolaridad. Esta expulsión se repite en los talleres donde concurre semanalmente desde hace varios años.

A partir de esta situación permanece un largo tiempo trabajando únicamente en su tratamiento individual donde se pone en evidencia la dificultad que tiene para concluir la sesión resultándole sumamente problemático irse, insistiendo en quedarse llega incluso a colocarse en la puerta del consultorio para impedir que el analista abra la puerta y de por finalizada la sesión. Mientras tanto un padecimiento absoluto lo invade y el goce en su cuerpo muestra su rostro enojado y furioso.

Ubica el analista que en las sesiones en los momentos de separación, donde *se juega la presencia-ausencia*, comienzan a producirse los pasajes al acto, dirigidos en esta ocasión al analista. La lectura analítica de la trama familiar permite conjeturar que Mario no accedió a ese primer juego simbólico, de simbolización primordial vinculado a la presencia-ausencia del Otro primordial.

Durante años trae a las sesiones una caja con diversos objetos como autos, muñecos y animalitos que cobran un valor privilegiado ya que son disparadores de fabulosas historias que se producen durante las sesiones. Mario pide al analista que escriba las historias que va produciendo. Esto permite realizar un trabajo de hilvanar las historias entre sí, escribiendo en cada sesión una historia y una conclusión que ofician de título o temática para el desarrollo de la próxima historia. De esta manera casi como un ritual, se leía lo escrito en la sesión anterior conformando verdaderos capítulos de una serie, siendo el puntapie que daba comienzo a la próxima sesión. La escritura de las historias se convirtió así en una forma de regular el tiempo en la sesión, permitiendo ordenar algo del tiempo sin límites. El eje del tratamiento en ese momento se organizó a partir de la escritura, anticipando una terceridad frente a la emergencia de un Otro absoluto y persecutorio.

El efecto de apaciguamiento que produjo la escritura de las historias le permitió poder irse de la sesión y volver a la siguiente estableciendo así una dimensión temporal que le posibilitó concluir y comenzar a simbolizar la ausencia.

Delirio y Nominación

Simultáneamente al uso de la escritura en las sesiones surge una dimensión megalómana: Mario junto a los pasajes al acto y a su negativa a irse, argumentaba que él era dios afirmando '*Yo soy Dios...puedo decir y hacer cualquier cosa*'; estas palabras se acompañaban de furia en su rostro, un goce desmedido en el intento de pegar a su analista. Una de las intervenciones realizadas produce efectos de importancia que solo retroactivamente pueden leerse. Fue cuando la analista dice '*Dios, no! solo como mago... podrías hacer y decir cualquier cosa*'. La analista busca acotar el goce y establecer así un punto de acotamiento en la dimensión megalómana al incluirse en la lógica del delirio. A partir de esta intervención se producen efectos significativos. Comienza a nombrarse como '*Mario el mago*'.

Esta intervención establece una vía que permitirá restar algo del goce en exceso. Mientras '*dios*' lo dejaba preso en una dimensión megalómana, '*mago*' le permitirá la posibilidad de hacer lazo y constituir, a su vez, una *nominación* que reorganiza el goce. A partir de esto, el equipo de la cigarra decide crear el *Taller de magia*, dando lugar a la singularidad del sujeto. Se lo invita a participar solo a un taller. Mario elige el de magia, tomando rápidamente el lugar del mago que coordina el taller bajo su iniciativa, mientras que los analistas permanecen como parte del público y/o son sus asistentes colaboradores.

Mario el mago, se constituye así en un nuevo borde que acota el goce y va agujereando el sentido delirante, al agujerear a '*dios*'. Ambos, dios y mago, son nominaciones de distinta dimensión. Cuando se nombra como dios, se instala en una dimensión delirante que lo deja apresado en lo megalómano, mientras que mago lo conduce a una posibilidad de saber hacer con el goce, en la aparición y desaparición de los objetos, en la magia del taller.

Tanto la escritura en las sesiones y esta intervención de la analista logran restar algo del goce sin límite, ubicado en ser '*dios*' y en los pasajes al acto de los primeros tiempos. Se establece una dirección en su tratamiento que va del pasaje al acto como un intento fallido de nominación, a '*dios*' como posible nominación del delirio de grandeza, hasta llegar a '*mago*' como otra forma de nominación pero con la diferencia de que ahora existe la posibilidad de introducir un saber hacer con la presencia-ausencia que le permite hacer lazo.

En la adolescencia la muerte de una compañera del colegio dispara un delirio, el de poder ir y volver en el tiempo para revertir situaciones pasadas, no solo de la muerte de la compañera del colegio sino también de peleas y discusiones con amigos. La imposibilidad de simbolizar la ausencia lo lleva a transitar esta pérdida actual, la muerte de su compañera, bajo una forma delirante de ir y venir en el tiempo. Mario no dispone en su

estructura de una simbolización de la castración, que le permita realizar un duelo, solo puede tramitarlo en una vía delirante, bajo su marca singular. Tiene un objetivo: revertir esa muerte volviendo en el tiempo.

Recordemos que la muerte entra para Mario a partir del duelo congelado de la madre, donde él se encuentra apresado en el fantasma materno. Entendemos entonces que la muerte de esta compañera es una reedición de este primer desaparecido, el tío, que no se pudo duelar.

En transferencia, Mario se dirige nuevamente a su analista, le pregunta si es posible, si le cree y si lo ayudaría a encontrar la forma de regresar al pasado para revertirlo. Su objetivo es volver atrás y cambiar la historia. Tiene la certeza de que es posible, pero se pregunta cómo retroceder en el tiempo. Sostiene que él ya estuvo en el pasado en una de las líneas del tiempo. Se pregunta cómo fue que retrocedió. Esto ahora le resulta dificultoso, no encuentra la forma. Quiere descifrar lo que le pasó en estos últimos diez años, extiende su pregunta a todo su momento de perplejidad, a los pasajes al acto en el colegio y en los talleres del hospital de día. Pareciera que se trata de un momento de comenzar a reconstruir delirantemente, o sea, edificar el mundo a partir de esa dimensión delirante.

Una reconstrucción delirante

Un fenómeno elemental surge en el intento de organizar su delirio: verse fuera del cuerpo, hecho ocurrido a los siete años pero que recién puede relatar en su adolescencia; y una interpretación delirante referida a *viajes astrales* a través de dos gemas, una del espacio y otra del tiempo, que permitirían viajar en el tiempo. Sus investigaciones por internet le acercan el hallazgo de estos dos objetos preciosos, como posibles soluciones para realizar su viaje al pasado. Podemos conjeturar que este viajar en el tiempo es un modo de volver a aquellas situaciones vividas donde no pudo responder desde lo simbólico, y solamente a través de los pasajes al acto y bajo forma delirante. Posibilidad de ir y volver como intento de revertir vía lo simbólico aquello que no pudo elaborar, estar y no estar.

Mario cuenta ahora con un elemento simbólico que es el delirio para hacer con la muerte. El rechazo a la muerte que él afirma podemos pensarlo como equivalente al rechazo de la castración, ya que ésta constituye el duelo estructural. Lacan plantea que la condición para la elaboración de todo duelo es haber atravesado este duelo estructural.

Mario puede encontrarse con un dispositivo que le permite ir y venir marcando una secuencia temporal y un trabajo singular donde elaborar a través de sus idas y vueltas este lugar de objeto capturado en el fantasma materno y puede encontrarse con un dispositivo clínico que está atento a las diferentes posiciones subjetivas.

lauradagostinorudich@hotmail.com

Bibliografía

- Cazenave, L. (2010), El duelo en la época del empuje a la felicidad, en revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana Virtualia, N° 21. Bs. As. Recuperado de <http://virtualia.eol.org.ar/021/template.asp?Actualidad-del-lazo/El-duelo-en-la-epoca-del-empuje-a-la-felicidad.html>
- Cueva R., Fenómenos elementales y delirio en la tesis doctoral de Jacques Lacan, El saber delirante, Paidós, Argentina, 2005.
- Freud, S., [1920] Más allá del principio del placer, en Obras Completas Tomo XVII, Amorrortu, Argentina.
- Lacan, J. [1955-56] El Seminario 3, Las psicosis, Paidós, Argentina.
- Lacan J: [1975-76] El Seminario 23, El Sinthome, Paidós, Argentina.
- Lacan, J., [1956] Escritos 2, De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis, Ed. Siglo XXI, Argentina, 1987.
- Laurent, E. Síntoma y Nominación, Colección Diva, Argentina, 2002.
- Maleval J.C., La lógica del delirio, Editorial Colección Antígona, 1997.
- Miller J.A., El saber delirante, Editorial Paidós, Argentina, 2005.
- Tendlarz S., Aimée con Lacan, en Acerca de la paranoia de auto punición, Lugar editorial, Buenos Aires, 1999
- Torres, M., Identificación al síntoma y retorno, Virtualia, Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana, <http://virtualia.eol.org.ar/002/notas/torres-01.html>.

Presentación de pacientes: M

Florencia Fiorentino, Aracelli Marchesotti

Mario es invitado a participar del dispositivo de Presentación y acepta con entusiasmo. Llegado el día, se presenta, saluda a la entrevistadora y al público con amabilidad.

El ingreso a la cigarra

Las primeras preguntas de la entrevistadora promueven un ordenamiento temporal al interrogar a Mario por su llegada a la cigarra, lo que lo fuerza a construir sus respuestas acerca de cómo era su vida antes y después de este momento.

La cuestión del tiempo comienza a tomar lugar. Dice que el cambio ocurrió “cuando vine, con el tiempo, no fue en un toque”.

El tiempo antes de la cigarra estaba marcado para Mario por un estar nervioso, un exceso en el cuerpo que lo empujaba a repetidos pasajes al acto, peleas, estallidos de ira que lo desalojaron de varias escuelas.

Desde dicha posición de objeto, Mario manifiesta su perplejidad ante sus actos enunciando que no entendía qué le pasaba, que le cuesta recordar. Durante la gran parte de este tramo de la entrevista, insiste con impaciencia en señalar que esto ya no es así, que fue calmándose y mejorando.

Intervenciones que fuerzan al sujeto a hacer historia

A medida que la entrevistadora acompaña al sujeto para ayudarlo a ordenar temporalmente su relato, va introduciendo una secuencia “calendario” de la historia relatada del sujeto, de la que él se sirve. A mismo tiempo lo va forzando a dar cuenta de lo que no entra en esa historia, de lo que no está simbolizado, aún.

Mario describe: “esos años fueron históricos...”. La entrevistadora interviene: “Hacés historia.

2005, 2006, 2007...”. “Primero eras muy tranquilo, luego eras muy nervioso, ahora te volviste a tranquilizar un poco. ¿En qué momento cambiaste?”. “No entendías. Y entonces ¿qué hiciste?”.

Esto precipita una conclusión acerca de una diferencia en el tiempo, que él describe como un comienzo. Mario puede ubicar un año particular que se desmarca de la serie.

El pedido al público

Uno de los efectos de la presentación es que Mario va situando un punto temporal en su vida en el que aconteció un encuentro con lo real de la muerte, confrontándolo con lo imposible de simbolizar para él. Esto trajo como consecuencia un impasse en el tiempo subjetivo, que Mario nombra como tiempo alterno.

En ese momento de la presentación, Mario formula un pedido a la audiencia respecto de una solución para modificar lo acontecido, dando cuenta de la intensidad de la afectación que tiene para él esta realidad.

“Si voy a contar estas cosas, encontraría cómo me pueden ayudar a que realmente vuelva al tiempo donde pueda modificar. Así me sentiría más seguro (...) Se trata de no vivir todo el tiempo lo mismo”.

Fin de la presentación.

Gustavoleo

Gustavo Slatopolsky, Ricardo Seijas

La idea de reescribir para este número de *entreUnos* parte del texto Escritura del síntoma en la psicosis infantil” (Seijas y Slatopolsky, 2010, p. 35/37) fue generada por el surgimiento posterior en el sujeto de una vía delirante, inimaginable al momento de la escritura original del texto. Esta solución alcanzada en el presente nos interroga sobre el estatuto del tiempo anterior presentado en dicho texto y sobre nuestra lectura en esa ocasión. ¿Lo que recortamos del trabajo del sujeto en la transferencia –un trabajo radicalmente fuera de sentido- sería entonces un trabajo preliminar y posibilitador del delirio?

Mario comienza los talleres de la cigarra en una apuesta por una maniobra que opere sobre el empuje que lo dejaba fuera del lazo, esencialmente en lo escolar. A los 10 años resultaba virtualmente imposible que pueda participar de una actividad que no precipite al sujeto fuera de escena vía pasaje el acto. Lo curioso es que si bien Mario comprende las consignas de los talleres y participa de buena gana, una nada, algo imperceptible, desencadena un comenzar a arrojar almohadones y sillas, ante lo cual lo único que queda por hacer es sacarlo del taller. Pero hacerlo no soluciona nada. Mario empuja con su cuerpo sobre el coordinador para volver a entrar y nada de lo que acontece retorna sancionando un punto de implicación acerca de porqué hubo que sacarlo a la rastra del mismo.

I. Taller de la palabra

En el taller de la palabra se trata de un juego en el que los participantes deben decir una palabra o frase que se escribirá a su vez en un casillero con su nombre.

En este taller la producción de Mario se limita a decir algunas pocas y anodinas palabras cumpliendo la consigna, pero sin parecer afectado de algún modo por su elección y participación.

Con el correr del tiempo en el taller, el instante que precipita el pasaje al acto se localiza en el encuentro con la mirada del coordinador; allí, en el momento mismo en que las miradas se cruzan, hace su irrupción lo que en el texto anterior leíamos como un significante en lo real, ¡*gustavoleo!*¹ vociferado sin dirección ni cálculo alguno y que como consecuencia lo hacía saltar de la silla como un resorte y comenzar a revolear todo lo que estaba a su alcance de manera enloquecida.

Al menos esa era la lógica en tres tiempos que planteábamos en el trabajo. Hoy consideramos necesario interrogarla: ¿*gustavoleo* era una irrupción del *significante en lo real*

¹ Es importante señalar que el coordinador se llama Gustavo.

que causa el pasaje al acto o por el contrario debemos considerarlo un *significante real*, intento fallido y singular de anudar simbólico-real ante justamente el desanudamiento que se produce en el encuentro con la mirada del Otro?

Advertido ya de la secuencia “mirada – *gustavoleo* – pasaje al acto”, al irrumpir nuevamente este singular significante –en esta ocasión fuera del turno de Mario-, el coordinador se anticipa al tiempo tres y lo sanciona como la palabra de Mario en el juego, intentando escribirla en su casillero. Mario no consiente a ello; forcejea y busca arrancar la hoja para evitar que el significante proferido se localice escrito. Cuando finalmente el coordinador lo logra, Mario se queda tranquilo y sigue participando en el taller sin que se produzca el pasaje al acto.

II. Taller punto y coma

El taller “punto y coma” hace años que ya no existe más en la cigarra. Fue pensado y puesto en función a partir una premisa y dos preguntas:

a. La necesidad de la sintaxis para producir el sentido.

b. ¿Sería posible cortocircuitar un sentido con estatuto de certeza a partir de un juego en el que la palabra que sigue en la frase le correspondería a otro compañero y así, soportar cómo esa frase se reorienta en nuevos sentidos a partir de la palabra de los otros? (el juego emula un viejo juego conocido: yo, yo *digo*, yo digo *que...*)

c. ¿Cuál sería el destino de dicha sintaxis a partir de la lógica de las psicosis y el autismo?

Fue necesario agregar algo mas a la consigna del juego: quien coloca el punto en la frase (la frase se va escribiendo paulatinamente en el pizarrón) obtiene un punto (en el sentido de puntaje). La consecuencia de esta regla arbitraria es que todos los niños buscan ganar ese punto apresurándose a colocar el punto gramatical en cualquier lugar de la frase².

² Esta realización de la consigna, que claramente es un atentado a la sintaxis que constituye sentido, se revelará como un espacio de indagación de su incidencia directa sobre el goce. Muchos participantes del taller parecen orientarse no por la función gramatical del punto sino por ese objetivo de sumar al puntaje que permite ganar el juego. Las frases resultantes son igualmente leídas por la coordinación, sin importar el buen o mal arreglo con el sentido supuesto. Luego vendrá el segundo momento, donde los participantes corrigen la frase, algunos de ellos sí teniendo en cuenta la gramática y el sentido.

Veamos una secuencia del juego donde se puede leer una nueva posición de Mario: La frase que se escribe en el pizarrón es la siguiente:

Hermán quiere jugar a

Es ahora el turno del coordinador, quien propondrá una palabra: *gustavoleo*. La frase concluida será:

Hermán quiere jugar a gustavoleo Héctor juega

¿Qué hace Mario? Coloca el punto en la frase a continuación de “juega”.

Existe un segundo momento en el juego. Una vez alcanzado el punto se lee la frase en voz alta y se puede elegir agregarle o restarle una palabra, cambiar una palabra por otra, realizar una nueva puntuación.

A Mario no le sonará bien la frase y propondrá una coma:

Hermán quiere jugar a gustavoleo, Héctor juega.

Como puede leerse, el pasaje al acto a esta altura es cosa del pasado. Lo que antes era significativo completamente fuera del lazo e intento fracasado en el punto de agujerear la mirada del Otro, es ahora un significativo compartible, que hasta es utilizado por el coordinador. ¿Cuál es su significado? Imposible saberlo. E innecesario.

La posibilidad de la coma en la frase permite un orden de fraseo correcto pero no dice nada más allá de cómo suena. Un buen arreglo con el lazo: anuda el significativo desencadenado al para todos de la sintaxis compartida en una solución fuera de sentido que no lo deja fuera del lazo³.

III. Otra vez “punto y coma”: contar palabras

Han pasado meses. Nuevamente profiere Mario la palabra y a punto está de comenzar a revolear cosas otra vez. Es justo el turno del coordinador quién toma la palabra arrojada y la escribe como propia en el pizarrón. El movimiento hacia el pasaje al acto se detiene; en su lugar Mario interpone una protesta al toparse con la palabra escrita: “Es mucho. Si decís *gustavoleo* son dos palabras. Elegí: gustavo o leo”.

La transcripción del significativo real siempre resultó problemática para la coordinación. Mario la pronunciaba de manera veloz y cerrada por lo que resultaba imposible leer qué *decía*. Claramente se recortaba sin lugar a dudas el nombre del coordinador – Gustavo – en la primera parte; lo que seguía generaba duda ¿era *leo* o *león*?

El coordinador le pregunta: “Pero cuando decís *gustavoleo* ¿cuántas palabras son?”. Responde: “Son dos porque entre las dos se juntan”.

IV. A propósito de la transferencia

La transformación del nombre del coordinador en un objeto maleable que se estira, se mezcla y se deja secar al sol mezclado con otras letras (L-E-O) supone una materia particular -la moterialité- de dimensión libidinal. O sea, este hacer que presentamos hasta aquí no alcanza articulación alguna si no es pensado desde la transferencia.

Conocemos la idea paradigmática de una transferencia para la psicosis: la erotomanía que se sostiene de una certeza sobre el goce del Otro que pende sobre el sujeto quedando este en posición de objeto de un goce sin castración (Lacan, 1956). Es con esta perspectiva que puede leerse el trabajo en juego en la irrupción de la mirada encarnada en el coordinador. Pero la transferencia debe ser leída no solo en esta irrupción sino también en la operación que toma su nombre y lo vacía de significación; o sea: licúa toda referencia al coordinador hasta transformar su nombre en una letra vaciada de cualquier asomo de dimensión significativa, letra con la cual se podrá hacer cosas novedosas.

La primera de ellas es el intento frágil y fallido de fijar la irrupción de un goce desencadenante por la vía de una letra. El goce irrumpe encarnado en la mirada de Gustavo y el sujeto pone a su disposición algo de ese nombre para hacer frente a una mirada sin límite. La debilidad de la solución llama al pasaje al acto que buscará barrar esa mirada.

En un segundo momento será el coordinador quién tomará el relevo de producir una cesión eventual al extraer puntualmente - ¿cómo nombrar eso...? – el goce que ahora porta la letra y que se hace posible depositarla en el casillero. El alivio es inmediato.

Se abre un horizonte de trabajo inédito en el sujeto. Si el coordinador antes era portador del goce sin pasaje por la castración que cae sobre el sujeto, ahora, a partir de su insistencia en sostener la posibilidad de cesión⁴, se convierte en agente consentido en el advenimiento de otra solución. Debemos además ubicar que Mario no se encuentra solamente con un cambio de polaridad en relación al coordinador⁵ sino que, esencialmente, se encuentra con el dispositivo en juego, la estructura de casilleros – la de él, las de sus compañeros y también la del propio coordinador, obligado también él a depositar su propia palabra – que se revela eficaz como marco para contener el exceso. La extracción puntual solo se hace posible al haberse constituido el lugar que puede alojarla; el lugar es creado en el acto mismo que constituye su alojamiento.

Para que ese lugar fuese posible era necesario un dispositivo que lo anticipase, suponer un sujeto al pasaje al acto que no necesariamente pasase por la significación en dirección a un anudamiento diferente.

4 Recordemos que el sujeto resiste la cesión de la letra.

5 Simple cambio que podría dejarlo a merced de una circularidad puramente imaginaria.

3 En este punto nos interrogamos si la sintaxis no implica la constitución de un imaginario formal.

En el tiempo tres, la propuesta pasa por hacer de la letra un objeto que no solo circula sin significación sino que además no tiene dueño. Ya no se tratará de una letra completamente fuera del lazo sino que participa de lo simbólico de las reglas del juego: es dicha a su turno por otro que no es Mario como una palabra del código dentro de la frase. Código propio de la cigarra enlazado a una poética en las que palabras valen en tanto letras que se dejan escribir.

Es ya dentro de esta dimensión escrita en la que Mario hará su aporte: el punto en la frase: *"Herman quiere jugar a gustavoleo Héctor juega"*. Y rematará haciendo entrar la estructura sintáctica al agregarle una coma: *Herman quiere jugar a gustavoleo, Héctor juega*.

Puede apreciarse en esta operación que el significante real sigue sosteniendo su dimensión fuera de sentido pero articulada a un orden libidinal diferente. Ha dejado de participar de lo absoluto para reunirse en una dimensión de Universal con el resto de los significantes del código con una sola particularidad, apenas: la de no significar nada y no por ello quedar fuera del juego.

Por último, un nuevo efecto de vaciamiento en el pasaje por la escritura: *"Es mucho, si decís gustavoleo son dos palabras. Elegí, gustavo o leo"*.

Es notable que frente a la exigencia de elección a la que conmina al coordinador no haga referencia alguna a que una de las posibilidades que recorta –*gustavo*– sea el nombre propio del mismo coordinador. Es que efectivamente no se trata de un significante reprimido sino de una pura letra vaciada de toda referencia. De allí que la cesión que opera es en virtud de condescender por primera vez a una operación de exclusión: o gustavo o leo.

Mario lo plantea *con todas las letras*: es *mucho*. Efectivamente, es del tratamiento de un exceso que no alcanza una extracción definitiva de lo que se trata, de una separación que no se alcanza ya que como queda dicho *"Son dos porque entre las dos se juntan"*.

Es a partir de este impasse que logra ubicar Mario y de la solución que encuentra: que el coordinador elija una, que éste será otra vez el encargado de hacer pasar por el tamiz de la escritura esas "dos palabras que se juntan", y al hacerlo, producir una separación en la imagen del casillero, y que Mario consienta a ello. O sea: léase bien, escritas simplemente; escritas como letras que permiten leer que se trata de dos palabras y que si es una no es la otra; las dos juntas "esta vez no"; pero siempre dos que no significan nada nunca, ni juntas ni separadas.

Es aquí donde se lee el estatuto de ese Otro a quién es posible exigirle ahora el corte de eso que retorna por efecto de una modalidad holofrásica. Hay en esa exigencia la presencia de un nuevo giro en la transferencia, se trata de un Otro que habilita una separación y una pérdida.

V. El mago

Lo que vendrá mucho tiempo después será el surgimiento de una nueva letra, constituida en y sostenida de la transferencia en el análisis. Allí se nombrará mago, en un decir delirante donde la magia en cuestión no es la del ilusionismo sino la de una praxis real. Es entonces cuando se le propone participar de la creación de un taller de magia, propuesta que incluye un lugar protagónico en la realización misma del taller.

En los comienzos se cuenta con la presencia de un mago profesional de quién Mario aprenderá los trucos y al que finalmente reemplazará haciéndose cargo por entero del taller. Así, pasará a constituirse en el mago coordinador del taller que, junto a su ayudante – algún analista participante – hace pasar a los otros pacientes a depositar un muñeco en la bolsita mágica, profiere la palabra mágica, hace un pase mágico con la varita y hace desaparecer el objeto.

Esta vez no se tratará de una solución por la vía excluyente de lo real fuera de sentido.

Por el contrario, en este taller el lugar que Mario ocupa con gran beneplácito lo pondrá a disposición de un trabajo ligado a la vía del sentido de su delirio, pero que a su vez lo cuestiona. Pues precisamente este taller, al diferenciar la noción de truco contrapuesta a la Omnipotencia de la Magia, establecerá cierta distancia del elemento megalomaniaco que empuja desde su delirio. O sea, permitirá un despliegue de la escena donde será posible contraponer una y otra vez la regulación axiomática de las reglas del taller que buscará dejar por fuera a La Magia en pos de un aprendizaje eficaz del engaño.

A diferencia de gustavoleo, el significante *mago* opera un efecto de nominación de una eficacia y duración en el tiempo mucho más sostenida. Sin embargo debemos considerar que esta solución no hubiera sido posible sin ese gran paso que dio Mario al agujerear por primera vez el goce del Otro. Primera invención del parlêtre. Primer sinthome-analista.

Nos resulta necesario decir que hoy en día Mario no recuerda nada de aquel significante; queda de aquella época un sentido que enmarca todo lo acontecido en el recuerdo de que se portaba mal. En cambio *ser-el-mago* soporta el paso de los años, lo compromete en un trabajo sostenido donde encuentra claramente un plus-de-goce y por el cual siempre está a horario para dar comienzo a su taller.

slatopo@gmail.com, seijasr@yahoo.com

Bibliografía

Lacan, J. [1956], De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis, Escritos 1, Ed. Siglo XXI, Argentina.

Seijas, R. y Slatopolsky, G. Escritura de un síntoma, Ensayos N°3, 2010. Cuarto
Christophe Le Poëc

Cuarto

Christophe Le Poëc

Traducción del francés por Pablo Dymant

Propongo retomar las preguntas que me surgieron tras la lectura del recorrido de Mario según dos ángulos. El primero, más de orden teórico, me condujo a preguntarme si el concepto de “muerte del sujeto” podría resonar y sernos útil para aprehender aquello de lo que Mario nos testimonia. El segundo, que resulta de la praxis, consiste en interrogar el acto colectivo de los clínicos de la cigarra.

“La muerte del sujeto” consiste en “un sacrificio dinámico propio del trabajo del delirio” despejado por Jacques Lacan a partir de la lectura de las memorias de un neurópata. En su obra, *La lógica del delirio*, Maleval, apoyándose en los testimonios de Schreber, Antonin Artaud y Berbiguier de Terreneuve de Thym, propone extraer una estructura y distingue tres tiempos. El primero es un momento de angustia paroxística en que el sujeto experimenta el sentimiento de estar confrontado a las iniciativas de un Otro maléfico. En segundo lugar, a posteriori, el sujeto aísla este momento como aquel de una “modificación profunda”. El último tiempo consiste, en los casos de Artaud, Schreber y Berbiguier, en la propensión a traducir esta “modificación” por una nueva nominación. Nos parece que el recorrido de Mario testimonia una cierta proximidad con estos autores. Dice, por ejemplo, sobre su infancia, que tenía el sentimiento de que todo el mundo lo retaba y lo golpeaba. Sitúa luego su desorden en un acontecimiento que viene, a posteriori, a escribir su historia: “a partir de allí (la muerte de su amiga) todo ha sido raro”, y procura finalmente nombrar su ser en el mundo, lo que el analista acoge proponiendo un deslizamiento metonímico (de Dios al mago). Pero si deseábamos retomar aquí el concepto de “muerte del sujeto”, no es sólo por razones de precisión diagnóstica, o para hilar la analogía con estas figuras célebres, sino que este concepto nos parece portar una dimensión que enseña sobre la función de una dinámica particular del delirio para el sujeto.

Teóricamente, Maleval sitúa la “muerte del sujeto” no en la afánesis sino en la carencia de la significación fálica. La carencia del falo, cuya función es la de operar esa juntura entre el significante del Otro y el goce del sujeto, tiende a provocar un “desorden en la juntura más íntima del sentimiento de la vida en el sujeto”⁶. Mario no dice que está, ni que estuvo muerto al modo de Artaud, lo que él dice es que una amiga suya murió, y que a partir de allí nada fue igual. Esto produce entonces para él una dicotomía que

⁶ Lacan, J., “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (1957–1958), en *Escritos 2*, Siglo XXI editores, Bs. As. 1989, p. 540

hace pareja: Él ha sido - Él es. Y las fechas que se repite “en su cabeza” le hacen signos de esta disyunción. Desde entonces, podemos pensar que para Mario, la voluntad de volver en el tiempo de modo de hacer lo necesario para que su amiga no muera, más allá de la simple expresión de un deseo errático, tiene el mérito de tomar en consideración, por cierto apuntando a su erradicación en el horizonte del delirio, una forma singular de aprehender la castración. Es lo que nos parece que Lacan pone en evidencia apoyando el uso de la *Versöhnung* de Schreber. Para traducirla, Lacan escoge el término de sacrificio, antes que el de compromiso, y Maleval deduce de eso que la pérdida de goce es inherente al trabajo del delirio. Esta pérdida de goce pone en evidencia que la lógica puesta en marcha en el delirio implica un saber sobre el hecho de que todo serhablante, aunque sea psicótico, se encuentra sometido al decreto de la castración. La muerte del sujeto no es discernida por el psicótico más que en el a posteriori de un acto que lo hizo volverse otro, y que puso en juego cierta pérdida de goce gracias a la cual una nueva elaboración de la articulación significativa se vuelve posible. La puesta en marcha de la mecánica del delirio parece implicar la aceptación de enfrentarse a la ausencia de referencia en el campo del Otro. “La muerte” viene a este lugar para Mario, irrepresentable, y sin embargo, ya resonante en las palabras de su madre en duelo por su propio hermano, y que se encuentra actualizada por el agujero que constituye el surgimiento de la figura de su amiga muerta. Irrupción de la ausencia. Esta se le plantea como un “sinsentido” estructural con respecto al cual no tiene otra posibilidad que la de recubrirlo con su delirio: “existe un medio de volver en el tiempo pero aún no he tenido acceso”. “Cuando un psicótico no retrocede a confrontarse con la hiancia del Otro, escribe Maleval, cuando toma este riesgo y consiente a hacer efectiva una cesión de goce, pone en juego su propia pérdida, un sentimiento de muerte del sujeto puede venir a dejar huella: este traduce un desasimiento con respecto al valor fálico, una separación de la cadena significativa, una afánesis del sujeto realizada por fuera de lo simbólico”.

Considerar que el camino del delirio no es un exceso que hay que erradicar sino más bien una manera de arreglarse con la ausencia, es una posición ética. Cambia radicalmente nuestra forma de acoger la palabra del sujeto. En el momento de la presentación clínica en la cigarra, Mario se vuelve hacia la audiencia y le pide ayuda para volver en el tiempo. Ni negación, ni aliento, sino acogida. Después del instante de ver, donde los clínicos dieron prueba de una cierta confusión totalmente natural, se proponen acoger la lógica y mantenerse en conversación lo más cerca posible del sujeto. Pero volvamos a la presentación. “Un sujeto es psicoanalista, afirma Lacan el 5 de mayo de 1965, no sabio amparado detrás de categorías de las cuales intenta desenredarse para hacer cajones en los que deberá acomodar los síntomas que registra de su paciente, psicótico, neurótico u otro... sino en la medida en que entra en el juego significativo. Y es en esto en lo que un examen clínico, una presentación

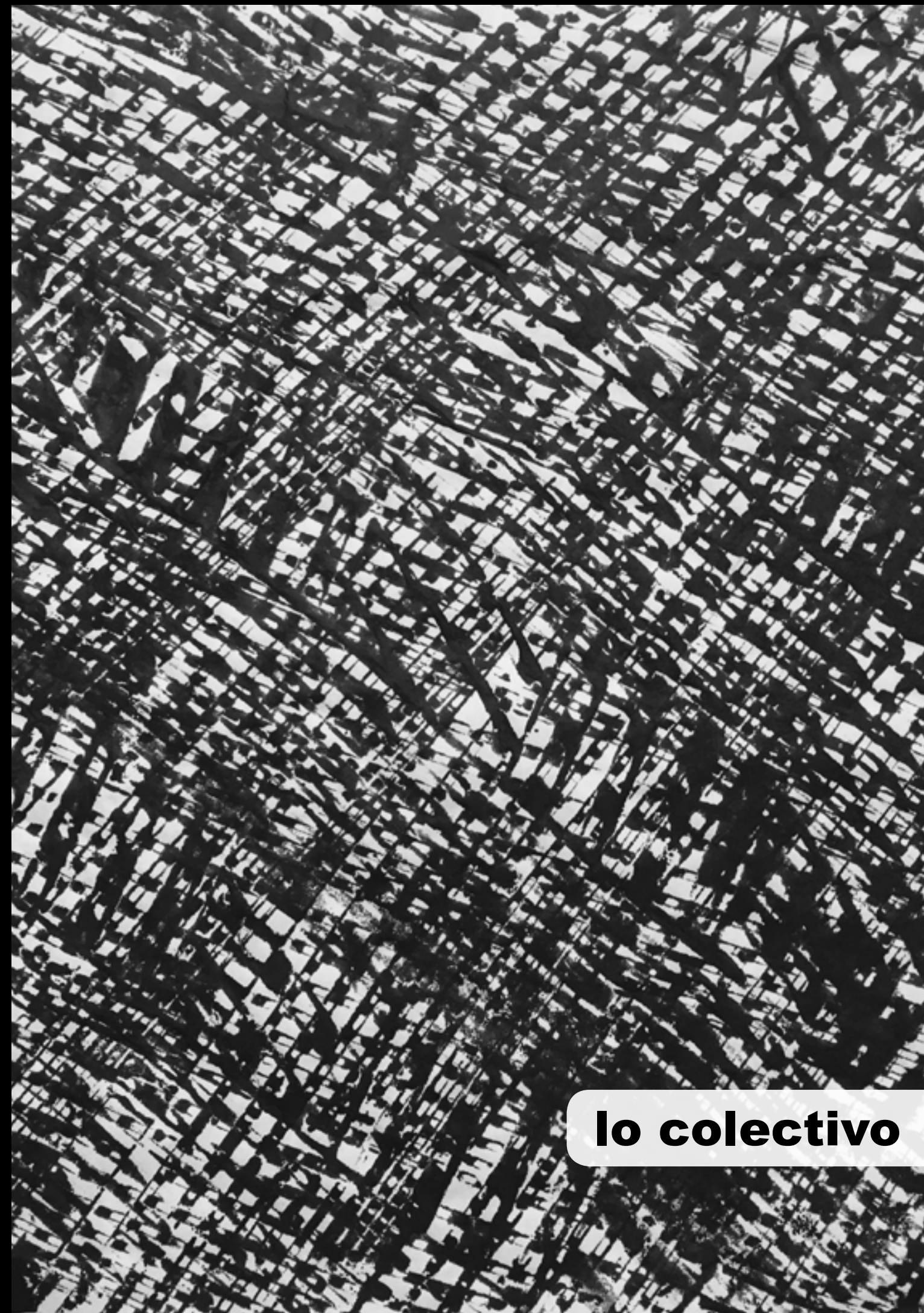
de enfermos, no puede en absoluto ser la misma en el tiempo del psicoanálisis o en el tiempo que lo precede. Si el clínico, si el médico que presenta, no sabe más que de una mitad del síntoma, es él quien llevará la carga, de que no haya presentación de enfermo sino diálogo de dos personas, y que sin esta segunda, no habría síntoma acabado y condenado, como es el caso para la inmensa mayoría, dejar a la clínica psiquiátrica estancarse en la vía de donde la doctrina freudiana debería haberla sacado”⁷.

Si bien no nos parece que haya que detenerse demasiado en la cifra dada, subrayamos en esta cita el acento puesto sobre el lazo entre el sujeto, el síntoma y el analista. El síntoma psicoanalítico es un síntoma en lazo, un síntoma que no tiene el mismo destino si no hay analista. A semejanza de la neurosis, que hasta pudo caracterizarse como siendo “de transferencia”, consideramos que un delirio de estructura psicótica puede hacer lugar a un cierto tipo de transferencia y así constituirse en un lazo con el analista. Desde entonces, hacemos la hipótesis de que no habría razón para que en el momento de una presentación clínica, el paciente no sea tomado en una transferencia con la audiencia. Y si precisamente esta audiencia es otra cosa que el reflujo de una antigua práctica de alienista, es necesario que los clínicos que la constituyen se encuentren en situación de asumirlo. Esta era la apuesta dirigida por Mario a la cigarra cuando eligió hacer público su testimonio. A esto, los clínicos respondieron mediante una creación: un taller, entre varios. Varios clínicos, pero también varios niños. ¿Para qué sirve un taller?

En mi esbozo de respuesta voy a apoyarme en mi trabajo en el Courtil donde tenemos muchos talleres. Para hablar de lo que hacemos utilizamos de buen grado la expresión canónica de Dominique Holvoet que decía, desde hace unos treinta años, que en nuestros talleres se trata menos de ocupar a los sujetos que de “pre-ocuparlos”. Recientemente, durante una conversación en el Courtil, recordábamos cómo esta dimensión de pre-ocupación implicaba que algunos de nuestros talleres se encontraran a menudo coqueteando con una cuestión ardiente para el sujeto, como la voz o la mirada, por ejemplo. En el caso de Mario, inventar una suerte de juego de mesa de recuperación del tiempo es muy ilustrativo. Esto no responde a su demanda pero lo despierta e invita a discutir los entornos de su certeza. Cuando yo mismo me interrogaba sobre mi trabajo con un joven que presentaba una inclinación megalómana muy pronunciada, me decía que el taller operaba como un receptáculo donde el sujeto consiente a verter un poco su impulso en una producción entre varios que lo alivia un poco de su identificación devastadora. Para concluir, añadiría la propuesta de mi supervisor que observaba allí la constitución de un en-forma. Tenemos así una tríada de significantes: Pre-ocupar, que

⁷ Lacan, J., El Seminario. Libro 12. Problemas cruciales para el psicoanálisis, Clase 5 de Mayo de 1965, Inédito

propone la dimensión de despertar del sujeto convocado bien de cerca ante una cuestión crucial para él. Receptáculo, que nombra la acogida y la puesta en circulación del objeto que embaraza. Y finalmente, en-forma, que invita a que el objeto y el discurso, encuentren un lugar para constituirse.



lo colectivo

Introducción

Gustavo Slatopolsky

¿Desde dónde habría lugar para la intervención cuando un delirio ha tomado todo y no resulta intrusivo?

Es a partir del embudo que constituye el quehacer con un delirio cerrado sobre sí en un caso particular, que no vacila pero que tampoco perturba, que se pone a prueba el dispositivo la cigarra en el trabajo que sigue.

Nos interesa interrogar – es el punto de discusión en el que nos encontramos – la eficacia del dispositivo cernido exclusivamente a la transferencia forjada en algunos talleres, y su despliegue por efecto de las intervenciones. La aclaración tiene su pertinencia ya que en la cigarra el análisis individual es elemento fundamental de la clínica del dispositivo. Aquí por el contrario, prescindiremos de lo que allí acontece – en verdad, buscamos activamente desentendernos de lo que acontece en cada análisis para dejar venir la actualidad propia de un goce fuera de discurso en la malla que teje y da forma la modalidad de cada taller-. Esto permitirá un trabajo de ida y vuelta: por un lado situar lo propio de la estructura y sus modalizaciones conforme a las transformaciones que opera el nudo en la diacronía¹; por el otro, intentar discernir si algo del dispositivo en sí motoriza las transformaciones más adelante detalladas. Y algo más: el hecho de circunscribirnos al caso particular de una solución “exitosa” – un delirio que estratifica los estados del mundo en una vía hacia la perfección en el que el sujeto accede a su lugar como complemento absoluto y sin falla del Otro, reconciliado² con el goce del Otro – tensa al máximo la interrogación en torno a la ética a propósito de la posición del analista y su lugar frente a la defensa lograda. De allí, en función de dicha ética, la pregunta inevitable: si en su mundo el goce ha alcanzado una tramitación delirante que apacigua su dimensión intrusiva ¿qué autoriza a intervenir?

El interés puesto en el dispositivo, en la idea de que la modalidad misma de los talleres traccionan el goce fuera de discurso modelando una relación al Otro menos mortífera, hace al modo en que se eslabona y articula los trabajos que siguen. La indagación

1 ¿Estructura y nudo no plantearían una exclusión de principio? Al respecto, ver Schejtman, F. “-Sinthome. Ensayos de clínica psicoanalítica nodal” pg 144. Grama ed.2013

2 “Sin duda la adivinación del inconsciente ha advertido muy pronto al sujeto de que, a falta de poder ser el falo que falta a la madre, le queda la solución de ser la mujer que falta a los hombres.” Lacan, J.

“De una cuestión preliminar ...” pg.547. Escritos 2. Paidós.1987. Para el desarrollo a lo largo de todo el trabajo en relación al punto de “reconciliación con el goce del Otro” que Lacán forjara a partir de los desarrollos de Freud sobre las memorias de Schreber, resulta esclarecedora la tesis desarrollada por J.C.Maleval en “Lógica del delirio” (Ed del Serbal.Barcelona). Sobre todo en lo referente a lo que él denomina P3, punto culminante del delirio que muy pocos sujetos delirantes alcanzarían.

en esta perspectiva hace que el desarrollo que irá tomando el despliegue transferencial permita al lector al mismo tiempo hacerse una idea de los diferentes escenarios que plantean los talleres y cómo, en consonancia a dichos escenarios, se escalonan los momentos en que se reorienta el goce y cómo esto incide en la constitución del delirio. Por ello, hemos elegido un desarrollo extendido taller a taller en el que, las transformaciones que se irán operando, no pueden sino ser leídas como consecuencia de las intervenciones de los analistas que llevan adelante los talleres.

Finalmente: la escritura a la distancia obliga a ubicar los nexos lógicos que se extraen para hacer de esto un caso. Su lectura puede dar la idea de una orientación pergeñada a modo estratégico orientando todos los talleres en una misma dirección. Nada más lejano de la realidad caótica y caleidoscópica en que navegan los talleres. Hay orientación, indudablemente; pero sostenida en la posición del analista y no en un armado estratégico a seguir con cada niño. Lo que articula a los diferentes talleres es la decisión de captar el real en juego y anudarlo cada vez para ser relanzado en una dimensión soportable o menos mortificante. Cuando esto es posible.

Del suspenso infinito al rey del tiempo

Eugenia Sánchez, Martina Cicchetti

“Gibbon quiere restarle maravilla al Infierno y escribe que los dos vulgarísimos ingredientes de fuego y de oscuridad bastan para crear una sensación de dolor, que puede ser agravada infinitamente por la idea de una perduración sin fin. (...) El atributo de eternidad es el horroroso. El de continuidad -el hecho de que la divina persecución carece de intervalos, de que en el Infierno no hay sueño- lo es más aún, pero es de imaginación imposible”. (Jorge Luis Borges, “La duración del infierno” en Discusión)

Encuentro

Primer Tiempo

El taller de magia se piensa a partir de un paciente que se nombra, en su análisis, como el mago. A partir de allí se van pensando estrategias para la construcción del mismo y se acomoda un horario.

Desde el inicio del taller de magia Federico concurrió al mismo.

Federico comienza a transitar el taller de magia con momentos de perplejidad, ante algún truco en el que se trata de la desaparición-aparición de diferentes objetos, a saber conejos de juguetes, huevos, bolitas rojas, etc., Federico responde al grito de ‘No quiero desaparecer, no quiero desaparecer’. En ese momento se sanciona que la magia sólo se puede hacer sobre los objetos y no sobre las personas. Con esta intervención disminuye la ansiedad de Federico aunque sigue negándose a hacer los trucos.

Segundo Tiempo

Durante un tiempo Federico no concurre a la cigarra, ni a sus sesiones individuales, ni a los talleres. Al cabo de más o menos dos años Federico retoma el tratamiento. Al comenzar nuevamente los talleres de los viernes se reincorpora al taller de magia. Se inaugura un nuevo tiempo en el encuentro de Federico con lo que el taller oferta. Es un nuevo momento en el tratamiento signado por un desencadenamiento en el marco escolar. Comienza a preguntar a la coordinación el secreto de los trucos. Develar el mismo lo apacigua y posibilita su participación en el taller en tanto el saber esta de su lado.

Para cuando Federico vuelve al taller se había incorporado la música de suspenso en el intervalo entre el momento en el que un participante pasa a hacer un truco y dice su palabra mágica y el momento en el que se comprueba si dicha palabra tuvo efecto, a saber si el truco pudo lograrse. Estableciéndose un corte, un intervalo entre la palabra dicha y los efectos de la misma.

La música es un momento de angustia para Federico. No tolera el suspenso, en el intervalo, queda perdido en un tiempo indefinido. Vez a vez, en cada truco al cual es convocado, Federico dice: ‘Sin música’. El tiempo apremia.

Se interviene preguntando si le gustaría inventar una música de suspenso propia. Federico hace un primer movimiento, pasa de negarse insistentemente al suspenso a aportar una música que le es propia. Una música metonímica, infinita, chan- chan- chan- chan- chan, es lo que propone una y otra vez. Invención que abre una hiancia entre dos tiempos, logrando sostener un intervalo, de un modo muy particular, pero sostenerlo: su música. Del sin tiempo inicial a la apertura de un tiempo otro soportado en lo que el taller oferta.

Las intervenciones se dirigen a forzar, poner en tensión, este punto de inercia de goce. Apostando que Federico pueda producir una resta, tolerar cierta escansión, anotando una pérdida.

Se le propone que dicha música tenga un tiempo establecido por él previamente. Controlar el tiempo es el modo que Federico encuentra para estar en los diferentes talleres. Da aviso, una y otra vez, cuando empiezan y cuando terminan los talleres. Cuánto tiempo falta para la finalización del taller en curso o, en su vertiente, cuánto tiempo falta para que comience el que sigue. Siempre pegado a su reloj pulsera que es chequeado permanentemente. El tiempo se materializa en cada acto, está allí.

Otro taller de la cigarra nos da la pauta de cuál es la verdadera cuenta que Fede pone en juego. Decimos verdad al efecto sujeto que dicha cuenta posee. En el momento de escribir un deseo por la aparición del cero en el taller cerocomauno, Federico escribe al mismo tiempo que lo nombra ‘falta un día para los 71 meses del mundo mágico’; al interrogarlo por dicho enunciado, dice que al día siguiente, el 22, se cumplían 71 meses que había creado el mundo mágico, aclarando –cinco años y once meses-. Esta es la cuenta que él no abandona.

Acepta prefijar un tiempo -30 segundos- y todos los participantes del taller repiten la música sin escansión, monótona, infinita por 30 segundos. La vez siguiente se sanciona -30 es mucho, nos cansamos, nos quedamos si aire-. Pero Federico no resta. Se insiste con lo aburrido de que sean 30 segundos. Se sugieren 20 segundos y Fede, enojado, dice ‘¡No! Acá el tiempo lo pongo yo, acá yo soy el rey del tiempo’. Quien coordina el taller, sanciona ‘Tenés razón. Yo de tiempo no sé nada, decidí vos cuanto tiempo podemos restarle’. Finalmente Federico dice ‘está bien, le restamos unas milésimas de segundos’. Con cronometro en mano fija la finalización de la música a penas un “poquito” antes de 30. Así comienza un trabajo de resta, cada vez un poco menos, cada vez Federico se va aflojando un poco más. En tanto hacedor del tiempo en el taller, él puede enunciar un saber desconocido para el Otro.

Rey del tiempo es el modo en que comienza a nombrarse en el taller de magia. Nominación a la cual la coordinación da sitio con la hipótesis de que rey del tiempo puede ser un nombre de goce para este sujeto.

Se le propone un suspenso vaciado de palabras. Permanecer unos segundos en silencio para que el truco funcione. 'Yo no puedo estar en silencio' dice. La analista coordinadora del taller interviene: 'Rey del tiempo ¿cuántos segundos podríamos quedarnos en silencio?' Sorprendido, asiente a la propuesta y permanece cinco segundos en silencio. Invitación a detenerse, efímera hiancia entre el S1 y el S2. Un intento vez a vez de abrir un intervalo, que, en el marco del taller, Federico parece tolerar. Un modo de desbaratar la prisa apostando al efecto sujeto.

La bolita desapareció, el silencio funcionó. Federico sugiere hacer lo opuesto para la segunda parte del truco. 'Lo opuesto al silencio para que la bolita vuelva a aparecer'. Propone repetir veinte veces la palabra música. Esta vez, sin cronometro. La bolita aparece, Federico se sienta y dice 'me gustó esto de los opuestos'. Silencio-Palabra.

Sorpresas que se produce sobre el fondo de lo esperado, de lo esperado por la analista de manera inesperada. Lo posible no sorprende: sorprende lo que adviene, como contingencia, sobre el fondo de lo imposible. El taller intenta producir un trabajo de afectación de goce, que va sustituyendo el goce pleno por un orden pulsional. Entendemos que en el taller, las maniobras en relación al tiempo orientaron la dirección de la cura: con la introducción de una discontinuidad se intentó hacer entrar esta dimensión de un tiempo simbólico. Un tiempo lógico que escande el tiempo cronológico y lineal del viviente y produce efecto sujeto.

El duelo del tiempo

El tiempo del sujeto se inscribe en las leyes del lenguaje. El tiempo es su coordenada. Retroactivamente el sujeto se representa, se nombra en la cadena significante.

Federico está detenido en un tiempo de subjetivación en posición de objeto. No hay retroacción en el tiempo propuesto por él, en "su tiempo", un tiempo sin intervalo, queda mortificado como sujeto. Federico intenta maniobrar ante la amenaza de desaparecer en la hiancia significativa.

Lacan señala que "cuando no hay intervalo entre S1 y S2 el primer par de significantes se solidifica, se holofrasea" (Lacan, 1964). Dice S. Tendlarz, "la holofrase es la compactación de la cadena significante, la solidificación de la cadena. No significa que el sujeto no hable sino que el S1 queda solo" (Tendlarz, 2009). No hay posibilidad de amarre a la cadena significante, a alguna nominación, debido a que no hay intervalo. A la presencia del suspenso Federico lo lee como un espacio que presentifica un agujero; por eso habla, por eso cuenta, por eso relata.

¿Cómo controlar la no-desaparición? Nombrarse como rey del tiempo es la invención a la que el sujeto arriba para localizar el goce que se desborda, trabajo que él hace sobre su síntoma, un síntoma desabonado del inconsciente. Metonímicamente encuentra un modo de nominación. Pierre Bruno dice "Lacan revela su propia conclusión: el nombre

propio se funda en la letra, antes incluso de poder leerse en una escritura, existe como pura marca distintiva aliviada de toda función representativa. La función de identificación no es en primer lugar de significación sino de nominación" (Bruno 1993). Federico subjetiva su síntoma, allí donde la verdad cobra sentido.

Lo real se va escribiendo, el goce se va cifrando, el trabajo sobre "su tiempo" es permanente, los intervalos, que un primer momento son obturados por palabras que se pegotean unas a otras, pueden ser bordeados y en el mismo movimiento tolerados.

No se trata de erradicar al delirio sino de alojarlo. Alojar el delirio "del tiempo" en el taller permite operar sobre el mismo. Un trabajo que apunta a horadar la rigidez de la solución que el sujeto ha encontrado para habitar el mundo. De la intolerancia del suspenso, corrida sin pausa; pasando por un suspenso infinito, música sin cortes, para arribar a rey del tiempo. Erigirse en rey permite ser agente del tiempo y tolerar el vacío de palabras. Allí donde el silencio es un vacío, en el lugar donde debería advenir la significación. Cinco segundos en silencio, soportables en tanto agente que controla el tiempo. De estar pegado al objeto-reloj a ser un sujeto hacedor del tiempo. Puede restarse no sin antes encontrar un modo de nominación, Rey del tiempo.

Para concluir, Lucila Donnarumma dice: "Éric Laurent nos orienta en el tratamiento de pacientes psicóticos, acerca de que la sesión consiste en una conversación sobre el goce, 'sobre el enigma del goce que es siempre en exceso', ayudando al sujeto a producir el nombramiento de lo innombrable. Nos aclara que 'no es ayudarlo a delirar, no es un empuje al delirio. Lo que buscamos es elegir en el trabajo del delirio lo que va hacia una nominación posible'. Seguramente se refiere a un "nombre", que emane de la singularidad del sujeto y que le proporcione un punto de capitón que "para él detenga este proceso sin fin, un efecto de vaciamiento de goce".

martinaci@hotmail.com

abremaru@hotmail.com

Bibliografía:

Bruno, P., (1993) El dicho, sobre la esquizofrenia. En Freudiana, Revista psicoanalítica, Barcelona.

Donnarumma, L. (2007) Psicoanálisis con niños y adolescentes, Ed. Grama, Argentina.

Lacan, J. (1964) El Seminario 11, Los cuatro conceptos del psicoanálisis, Paidós, Argentina.

Tendlarz, S. Psicosis, lo clásico y lo nuevo, Ed. Grama., Argentina, 2009.

El cuento del pescado

Gustavo Slatopolsky

I. Del delirio

En Federico el delirio plantea una transmisión en vivo ininterrumpido las 24 horas a partir de una cámara de televisión que porta su cuerpo. Su lugar de médium en la transmisión de los talleres de *La Cigarra* plantea una solución sin fisuras; la invención lo reconcilia con el goce del Otro en un mundo paralelo del que todos participamos y del que es imposible salir ya que constituye un universo sin borde a partir del cual entrar o salir.

Todo es visto y oído a través de esa cámara. No hay perplejidad ni persecución; por el contrario, en la trama del delirio Federico ha encontrado su lugar: el locutor del programa desde donde se dirige a los televidentes siendo él mismo también filmado. Su posición, ya en ejercicio pleno como locutor, se sintetiza en una declaración de principios: *No me gusta dejar nada en secreto. Todo es público, nada es privado.*

Lejos de una posición ideológica, la afirmación de Federico retoma su imposibilidad de extraer la mirada con la consecuencia de funcionar como *médium* de una transmisión *en vivo* sin pausa ni descanso.

De manera paradójica, el ojo omnipresente que habita ese modo del mundo es una solución; permite restarlo del goce intrusivo que lo invadía al momento de la finalización de cada taller en el que el pasaje de un taller a otro resultaba intolerable. Una primera solución frente a esto fue controlar el tiempo del taller desde su reloj, tomando a su cargo el anuncio de su finalización. Alcanza así una primera nominación (Lacan, 1975): *rey del tiempo*. Esto lo reconcilia con la dimensión del tiempo al precio de su infinitización. Que algo finalice ya no pone en peligro su ser; el abismo que se abría entre taller y taller pasó a ser colmado por la pauta publicitaria de una transmisión las 24 horas en el que la voz y la mirada no cesan.

El espacio tridimensional se fractura; un haz de visión parte de su cuerpo hacia adelante pero en la transmisión el ojo omnividente lo incluye como objeto a ser visto. La presencia de este goce sin límites constituye un estado extático que en ocasiones lo dispara a la manía.

Si Schreber pudo reconciliarse con el goce del Otro en la perspectiva que le abrió la solución de ser la mujer de Dios¹ (Freud 1911. Lacan, 1957, p.547), podemos decir que Federico se acopla al Otro sin fisura al ofertar su cuerpo todo en el lugar del órgano del Otro que hace entrar la mirada plena. De este modo, el pasaje a esta etapa del

¹ “la solución de ser la mujer que le falta a los hombres”.

delirio que lo reconciliará de manera estable con el goce del Otro, hace entrar la mirada –en conjunto con la voz, ya que la cámara permite ver y oír– y una transformación delirante en el cuerpo, en lo que constituirá lo que ubicamos como delirio cerrado, donde los talleres de la cigarra quedarán *dentro* como elementos fundantes de la lógica delirante.

Federico parece feliz en un delirio al que nada de la realidad hace obstáculo; la realidad es *el delirio todo- el-tiempo*. ¿Qué hacer?

II. Afectar la certeza con los elementos de la certeza

En el taller de la palabra, en ocasión de determinar quién había sido el que había adivinado primero una palabra para poder otorgarle el punto ganado –ya que Federico y otro participante habían acertado a la vez– se establece desde la coordinación que no ha sido claro y se plantea por primera vez *ver la repetición*.

Esta demanda, nueva en el taller, desconcierta en un primer momento a Federico– y a todos –quién luego de cierta reticencia consiente a que se vuelva a transmitir *aquel momento*. Para ello no puede más que detener la transmisión y retrotraer el tiempo a la escena anterior; se plantea entonces rehacer la escena en *cámara lenta* (como si se tratase de una repetición que ha sido *efectivamente filmada* y que ahora se proyecta).

El tiempo ha dejado de ser un continuo que fluye indiviso hacia adelante para constituirse en una sumatoria de escenas concatenadas a las que es posible volver ahora; unidades discretas a partir de las cuales el tiempo se ha tornado reversible de la buena manera.

Se ha pasado de la transmisión en vivo a la *reiteración de lo filmado* y en consecuencia, de estar en el lugar de *ser aquello que se transmite* para ser visto a *observar y decidir* en función de lo que se ve.

Lo que se ve no es otra cosa que nosotros mismos, ahora objetivados.

Por efecto de falsa reversión hemos dejado de ser vistos, por un instante, por el Gran Ojo de la transmisión en vivo para pasar al lugar del que ve. Pero no se trata de reversión; salir de la posición de ser visto no hace del Gran Ojo el objeto que ahora pasa a ser observado por haber cambiado la posición. Extrañamente, lo que nos ha permitido salir de la posición de objeto ha sido operar sobre el *tiempo*. Ahora nos es posible mirar. El objeto que miramos es nosotros mismos en un tiempo anterior. Hemos conseguido cerrar el Ojo pero no ocupar su lugar desde el cual poder ver. El tiempo suspende la mirada omnividente sin afectar un ápice la certeza delirante. Acabamos de ser captados en una circularidad delirante y a partir de acá será necesario constatar si esto produce efectos de cesión de goce o simplemente enloquecemos enredados al delirio.

Al entrar la reiteración de la escena filmada se colapsa la transmisión en vivo al constituirse dos realidades (espacios) diferentes dentro de un mismo tiempo:

1. Hay un tiempo presente que es llenado con una imagen de un tiempo anterior. Aquella imagen que se está viendo en el presente no corresponde a lo que está aconteciendo en la realidad (como en el fútbol por TV: mientras uno vuelve a ver el gol desde nuevos ángulos, el partido sigue su curso)

2. Está lo que realizan las personas que participan del programa en el set de la TV en el momento en que salen del aire, cuando lo que se ve es la repetición. Los participantes se relajan, van al baño, *saben que no son vistos* ya que *otra* imagen opera el lugar de señuelo que atrae la mirada y en el mismo acto oficia de velo.

De esta manera, la intervención *ver la repetición*, que fractura la versión del tiempo continuo que cristaliza la emergencia de la mirada plena, al servirse de la misma cámara que funda y sostiene el delirio, produce una torsión que interroga acerca de en qué lugar deja a los participantes del taller *¿dentro, fuera o en el borde* de la realidad delirante?

El precio de encarnar aquello que no es visto mientras se transmite la repetición parece hacernos habitar el espacio del delirio en dirección a vaciarlo desde *dentro*. Esto nos coloca más acá del borde del sujeto en su realidad delirante. *Hay que ver la repetición* conlleva alguna suerte de *consentir* al delirio y ya no solo *alojarlo*. Y esto no estaba previsto.

III. Haber saltado el charco

Como consecuencia de esta orientación se instalan interrupciones esporádicas en la transmisión; ahora Federico chasquea los dedos con los que enciende o detiene la cámara y esto permite que haya situaciones del taller que resten a la vista de la audiencia.

La presencia de la cámara permite delinear coordenadas precisas en torno al campo escópico que circunscribe el espacio del taller. La cámara solo transmite tomando lo que Federico puede mirar; es decir que se transmite *en los límites* que inscribe el campo abordable por su propia mirada².

El coordinador sube la apuesta: se levanta, cuaderno en mano, para escribir su palabra por *detrás de su mirada*. Coloca el cuaderno en la espalda de Federico y escribe sin nombrar lo que fue escrito. Federico intenta girar la cabeza para que su mirada pueda tomar lo escrito y así ser transmitido en vivo. Al final admite: "Me ganó. No salió al aire. No se vio". Y aclara, ahora en transmisión "¡Se intentó sacar al aire!".

Aquí volvemos a toparnos con el mismo problema delineado en el trabajo de "cercomauno" (Slatopolsky, 2014, p. 23): ¿qué suerte de transferencia se encuentra en

² Esto ya había quedado delineado en el taller de magia el año anterior.

juego para consentir una palabra escrita por fuera de la mirada, que ahora soporta espacios recortados de sombra? Porque no alcanza con el espacio *físico* -situarse detrás de su espalda- para que él admita tranquilo haber perdido y reconozca a su audiencia "se intentó"; que se haya intentado y *no se haya alcanzado* hay que ponerlo a la cuenta de una cesión de la mirada plena y es preciso sostener la pregunta acerca de bajo qué condiciones el goce alcanza a ser cedido. A saber, cuál sería la nueva satisfacción que permite rivalizar con el goce de la mirada.

Un día sorprende: "hoy no es al aire". Explica que en el horario en que se realiza este taller – tiempo presente - se está retransmitiendo en la TV el taller anterior. El nuestro está siendo filmado para retransmitirse más tarde.

El taller comienza con aire relajado, por primera vez no estamos en vivo. No conforme con la grieta gigantesca que cruje en la decisión de no transmitir al aire, decide concluir con la filmación del taller *antes* de haber finalizado la competencia por lo que, aun cuando pueda verse más tarde, habrá algo que no podrá verse ni saberse de lo que aconteció, a saber, quién ha sido el ganador.

Corta la filmación seis minutos antes de su finalización -a su manera, sigue siendo *el Rey del tiempo*³ - y el taller prosigue, a puro presente. Pasados los seis minutos, el taller de la palabra concluye para dar paso al del secreto – que sí saldrá al aire *en vivo*. Antes de dar la indicación de volver en vivo, pide que se borren los puntos de los participantes del pizarrón para que al volver nadie pueda ver que pasó. Se borra, volvemos en vivo, y dice en su rol de conductor: "¿Cómo habrá salido el taller de la Palabra...?".

El coordinador redobra lo dicho: quienes lo vean no sabrán quién fue el ganador. Federico cierra enfático: "¡Se quedarán con el cuento del pescado!".

Esto verifica una extracción puntual en curso paso por paso:

1. Hoy no es al aire;
 2. Seis minutos se extraen: la barra que introduce a la mirada no permitirá sa-ver quien ha sido el ganador;
 3. Se borra lo escrito para que cuando vean, algo opere como falta en la imagen;
 4. Si antes el coordinador forzaba este objeto, ahora es Federico quien lo produce;
 5. El saldo de la operación: un significante neológico. Es el objeto que localiza el agujero que emerge a la mirada: no se trata de una falta en el saber (falta enmarcada) sino del "cuento del pescado" que produce una extracción puntual en una dirección fuera de sentido.
- Suele acontecer en la clínica del delirio con pacientes adultos la pregunta acerca de si el otro "cree" en la realidad delirante. El analista busca alojar y no rechazar la producción más singular del sujeto sin quedar tomado. De esta manera entre el sujeto (y su realidad delirante) y el analista se interpone un borde. Es ese borde el que se busca franquear –

³ Véase *Rey del tiempo*, en este mismo número.

“¿Usted *también* lo escucha o cree que estoy loco?”- y con el que se confronta el analista en el sostén de una transferencia que sostenga el borde sin rechazar la producción singular pero sin ser tragado al Otro lado. La pregunta en sí – “¿Usted también...”? – actualiza el borde mismo; hay delirio y lo otro; ese Otro espacio que resiste a quedar envuelto en la sistematización delirante y la erotomanía (Lacan, 1966) como único lazo posible.

A diferencia de esto, el delirio en Federico ha tomado todo. No hay pregunta, no hay Otro espacio, ninguna necesidad de confirmar la presencia del fenómeno pasando por los otros. Lo que tenemos es presencia del delirio que hace del taller *su* realidad delirante. Hasta aquí, del campo del sujeto.

En el momento en que se le requiere *ver la repetición* son los otros del taller quienes juegan el juego de estar siendo filmados. Del lado del sujeto, *certeza* de transmisión; del lado de los otros, la apuesta a adentrarse en el marco planteado por la certeza – una suerte de “ok, nos filman”- para producir una separación entre la mirada y el sujeto haciendo uso del lugar ofertado, encarnando una objeción a la mirada pero *dentro* del delirio -“ok, nos filman. ¿Pero sería tan amable de apagar un instante que esa luz me encandila...?”- ya que entre el sujeto y los otros no opera borde alguno en el marco de una realidad delirante que no da respiro. Para decirlo mejor: si existe pregunta, esta inscribe ya dos espacios más o menos diferenciados y esto atenta contra el cierre total del delirio ya que el elemento por fuera lo descompleta por mínimo que esto sea:

S (en su realidad delirante) / otro (queda por fuera)

Cuando el sujeto habita un espacio cerrado donde todos los significantes han quedado dentro del delirio surge la dificultad que conlleva que sin el elemento diferencial –el significante que quede por fuera- lejos de proponerse un espacio *cerrado* resulta un espacio sin bordes que transita lo infinito. En esta lógica, el sentido común traiciona cuando busca representarlo como si los otros quedasen engolfados *dentro* del delirio. En rigor, el taller transporta la presencia del delirio quedando acoplados en ese *sin borde* y la pregunta es entonces por donde constituirlo como respuesta al goce en juego.

Lo que parece extraerse de lo planteado es que la apuesta de constituir dicho borde entre la mirada y el sujeto, al poder tomar éste las intervenciones del coordinador como límite, se ha revelado eficaz. Para ello se ha consentido a una suerte de espacio intermedio: se acepta el lugar que propone la realidad delirante sin creer en ella pero prestándose al lugar al que el delirio lo llama para, una vez *dentro*, interrumpir la transmisión. Diferenciamos esto de *alojar*, que si bien implica una suerte de consentimiento del lado del analista sostiene su lugar como vacío⁴. La diferencia no es menor: cuando el borde

4 “ciertamente usted lo escucha y eso no está en discusión. Siga...”. Es decir, no se rechaza el

existe, su sostén es crucial y delimita el trabajo según las coordenadas del testimonio (Lacan, 1956. Maleval, 2002); cuando no hay borde, ya no se trata de testimonio sino de crear las condiciones para constituirlo. Imprimirle esta dirección –consentir al delirio en la dirección de separar al sujeto de la mirada – hace toda la diferencia a delirar con él. Así, en contraposición al esquema anterior, aquí lo escribimos:

Mirada plena / S y otros en la realidad delirante (todos objetos sujetos por el Ojo que no cesa de mirar).

El esquema permite visualizar que al quedar subsumidos a la realidad delirante, la objeción a la mirada hecha desde este lugar tiene por efecto cavar una hiancia entre la mirada y el sujeto delirante, ya que la objeción es efectuada *en el mismo lugar del sujeto*; con la salvedad de que si ambos somos vistos, él es médium: es por él que se transmite. Pero esto no debe confundir: el lugar de médium no lo expone menos a la intrusión de la mirada. Entonces la salvedad, aquella que hace toda la diferencia, es el *modo* de habitar el delirio, aquello que llamamos espacio intermedio y que solo es tal en función de participar del delirio con el objetivo de vaciarlo.

¿Y qué sería aquello que habría que vaciar? Lo que excede en el delirio como solución para desde el delirio mismo poder ir hacia el lazo –en la producción de un sinthome un poco más estable-. Es en esta perspectiva que puede leerse el atravesamiento de la mirada que va de la afirmación “Todo es público, nada es privado” a la decisión “hoy no es al aire” y su resto: “el cuento del pescado”.

El trabajo “Rey del tiempo” da cuenta de la hiancia que se abre en el encuentro con el límite en el paso de un taller a otro, que se sella con la infinitización localizada en el axioma “Todo es público, nada es privado”.

El sin tiempo que presentifica una mirada sin borde queda perforado en la decisión de no transmitir en vivo. Pero allí, justo allí donde una falta vendría a inscribirse – no van a saber quién ganó – en lugar de quedarse *sin* saber, de quedarse con una falta por objeto, viene a constituirse algo diferente: se quedarán con el cuento del pescado. Aquello que viene a vaciar, llena.

A semejanza de la solución anterior esta tampoco instituye un objeto faltante, pero con una diferencia: el cuento del pescado que sella la hiancia, al mismo tiempo que la sella produce el lugar de algo restado al Otro de la mirada que se inscribe en tanto formación neológica. Se quedarán con el cuento porque no han visto quién ha sido el ganador

objeto pero se cuida de cualquier gesto que complique la transferencia al confirmar en el lugar del Otro la intrusión de la certeza.

Bibliografía

Freud, S. [1911] Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber), Obras Completas, Tomo XII, Amorrortu Editores.

Lacan, J. [1956] Seminario 3, Las psicosis, Ed. Paidós, Argentina

Lacan, J. [1957], De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis, Escritos 1. Ed. Siglo XXI, Argentina.

Lacab, J. [1966] Presentación de la traducción a las Memorias de un neurópata, Otros Escritos, Paidós.

Lacan, J. [1975] Seminario 22, R S I, clase del 13-5-75, inédito.

Maleval, J.C., La forclusión del nombre del padre, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2002.

Slatopolsky, G., Tachar el nombre, salvar el punto: un uso posible del límite, Revista entreUnos 0, 2014.

Olvido real

Gustavo Slatopolsky

Luego de un largo proceso en el que las intervenciones se orientaron a acotar de diferentes maneras la transmisión¹, Federico ha consentido a extraer la cámara de su cuerpo y colocarla fija en un estante, lo que localiza la transmisión en un solo punto del espacio al quedar ésta inmóvil. Para ello coloca su mano detrás de la nuca y en un gesto de dolor la extrae y la deposita. La mirada ya no toma todo el campo y, esencialmente, por primera vez, no lo toma a él. Se dibuja en el piso un círculo pequeño que enmarca el foco al que deberá entrar quien elija ser visto *en vivo*. Una vez que Federico ha aparecido en vivo, inmediatamente vuelve a hacer entrar la cámara a su cuerpo y retorna la transmisión sin marco.

Un día, al volver a su lugar ¡se olvida de recuperarla! Al rato reacciona “eh! la cámara!”. Al haber transcurrido gran parte del taller sin que la cámara tome las imágenes, Federico reflexiona “parece más un taller radial”

Recortar un solo punto en el que la mirada capta la imagen hace entrar una transformación de magnitud:

-El espacio: algo se transmite, algo queda por fuera. Eso constituye un sujeto que elige aparecer o restarse a la mirada

-El tiempo como sumatoria de momentos articulados a la mirada: “ahora elijo no darme a ver; más tarde, a lo mejor, lo haré”. La resultante subjetiva: el sujeto es la elección a partir de que eso – la mirada – artificialmente falta.

-Una dialéctica novedosa: los otros al igual que él, entran y salen del círculo *de a uno por vez*: lógica de elementos equivalentes. La posición de excepción encarnada en la solución de médium de la transmisión es puntualmente suspendida. En ese instante, en falta en relación a una mirada, Federico es igual a los demás.

Para aparecer en vivo, Federico debe extraerse la cámara de la espalda. La mirada, encarnada en la cámara, se extrae cada vez en el taller, siempre en el marco que plantea la solución del delirio. Pero no es lo mismo un delirio en el que todo es visto que uno en el que el objeto -ahora *sujeto*- se la extrae sin por ello arrancarse una parte de sí. La lógica sigue siendo delirante pero su cuerpo ya no es médium. Cuando eso se separa de sí, él ya no es el objeto absoluto del Otro; el Otro todo no ve y él no se identifica a aquello que vendría a colmarlo sin resto.

Lo novedoso es que al volver *olvida* retomar la cámara hacia sí.

¹ Nos referimos a la transmisión en vivo las 24 hs. Ver El cuento del pescado en este número de entreUnos.

Cuando es él quien la porta, la cámara transmite a su arbitrio o habrá que negociar con él²; cuando la cede pierde su control pero al volver la reingresa a su cuerpo.

Estas modalidades de cesión se sostienen en un consentimiento yoico; es una torsión en el seno mismo de la lógica delirante con la consecuencia de participar en el delirio.

El olvido parecería otro modo de consentir a la cesión; uno se vería tentado de nombrar *inconsciente* ¿Pero inconsciente de qué orden?³ Quizá de “ese algo que va más allá del inconsciente” (Lacan, 1976) y que nada busca significar. Su irrupción sorpresiva, que deja lugar solo a la voz a partir de la reducción de la mirada, es reanudada al delirio: “parece más un taller radial”. Esto opera una reducción en el delirio mismo: el Otro hoy no ve. El artificio ofertado lo ha restado de la mirada sin poner en cuestión la solución delirante, que a su vez, se relanza.

La pregunta por el estatuto de un olvido sin relación a lo simbólico⁴ permite pensar en un nuevo orden de solución – siempre delirante – más maleable⁵ que le permite sobrellevar el instante de la sorpresa sin quedar arrastrado en una metonimia maníaca.

slatopo@gmail.com

Bibliografía

Lacan, J. Seminario 24, clase del 16-11-76, inédito.

2 En rigor, no es él quien decide sino la voz articulada al delirio a la que solicita autorización para interrumpir la transmisión en vivo.
3 A la manera de un lapsus sin alcance de sentido, tal como lo propone Lacan en el “Prefacio a la edición inglesa del Seminario 11”
4 Aquí en tanto discurso del Otro
5 Tolerar la sorpresa no es un dato menor ya que el delirio anticipaba el mundo minuto a minuto de manera fija.

El lugar de lo electivo en un caso de psicosis: saber hacer con el ideal

Pablo Ugarte, Celeste Villaronga

A partir de nuestra experiencia en los talleres de la cigarra, vamos a realizar algunas puntuaciones en el recorrido del tratamiento de un caso de psicosis que tuvo lugar en este dispositivo. Tomamos como eje la concepción lacaniana de la posición irónica en la esquizofrenia en tanto *ataque de raíz al lazo social* (Lacan 1966), para situar los momentos electivos del paciente en el trabajo analítico y pensar los efectos que tuvieron lugar. Si el dispositivo es un artificio destinado a intervenir sobre lo real por medio de lo simbólico, en los talleres se abre un campo de tratamiento del goce, a través de la terceridad introducida por su legalidad y de las intervenciones del analista, en la dirección de suplir la ley que no opera en las psicosis.

Federico vuelve a los talleres de la cigarra. Una voz incesante lo inunda: se trata de nombres de programas de televisión que emitidos a través de esa voz y sin freno lo abruman. Este síntoma lo aísla y ataca al lazo social en el punto en que no le permite sostener su escolaridad. Como consecuencia de la no extracción del objeto a, se manifiesta la voz a la que Federico queda fijado. En palabras de su padre es “una radio encendida”. Respecto de esta afirmación hay una pregunta que guía todo el tratamiento: ¿quién habla? pregunta que se sostiene apelando a una subjetividad. Con el consentimiento de Federico respecto del vínculo mediado por la palabra se aloja el síntoma en el taller, por lo que ubicamos aquí un momento electivo. No confirmar los dichos del padre, configura una posición de no saber en el analista que convoca la palabra del paciente a la transferencia. El síntoma se inscribe en el taller, comienza a esbozarse un decir en tanto su relato toma la forma de una transmisión en vivo acotada a lo que sucede en el tiempo y espacio del dispositivo. Cuando gana, se desborda, grita y festeja de manera maníaca. Anuncia el fin de un taller y el comienzo del siguiente, con un control exhaustivo del tiempo. El intervalo entre talleres lo sume en un abismo del que no puede sustraerse, sino solo gritar. Dado que el tiempo para él es un tiempo real que no desliza y que lo deja fijado al instante, en esa hiancia se pone en riesgo su existencia. La solución que encuentra es la transmisión en vivo: existe en tanto transmite, aunque queda a merced del Otro. No hacer consistir esa voz que deja a Federico en posición de objeto, abre la pregunta por el sujeto. Esta posición no convoca la transferencia persecutoria o erotómana y deja en suspenso ser el blanco del ataque de la posición irónica. La ironía queda ahora trasladada a la transferencia y se constituye en un tema compartido.

Hasta aquí el analista con su posición posibilitó el despliegue y alojamiento del síntoma. Martín Alomo en su libro *La elección irónica* señala que al trasladarse la ironía

a la transferencia, tomamos contacto con la condición más singular de ese sujeto en cuestión, es decir con su modo de aislamiento y ruptura para con el lazo social y propone erigir esa condición en un punto de saber del sujeto, sobre el cual pivotar la cura (Alomo 2012). Las intervenciones a partir de este momento son causadas por la modalidad singular del síntoma. A continuación desglosaremos algunas que delinean el tratamiento posible.

El coordinador le propone que si quiere puede tomar el lugar de locutor del taller, pero con la condición de que module el tono de voz. A esto Federico responde “*Yo soy así*”. Esta maniobra sostiene el trabajo de traducción delirante, otorgándole un sentido a la transmisión mediante la propuesta del lugar de locutor. En la respuesta “*Yo soy así*” por un lado vemos la renuencia de Federico a ceder el goce y ex-sistir fuera del mismo, pero por otro ubicamos un momento electivo en el punto en que acepta ser nominado como *locutor*. La traducción delirante opera una sanción a través del sentido único que otorga el analista. Sentido que ordena y da consistencia a los dichos desencadenados que toman corporeidad por la vía de la enunciación del locutor. Federico logra así un arreglo con su posición que lo exime de quedar sumido en la perplejidad. Este sentido es propiciatorio para él, en tanto opera un efecto de sustracción sobre la voz, atenuando el exceso de goce. A partir de la nominación de *locutor* se ofrece un lugar vacante a ocupar que le permite ser medio en lugar de objeto.

Frente al “*Yo soy así*”, el analista le plantea que “uno es de una manera cuando trabaja y otra cuando no”. Federico no diferencia esos dos lugares, no logra extraerse del locutor para festejar como él mismo y se desborda. En algunas ocasiones recurre a estrategias de engaño para festejar cuando transmite. El analista marca un límite con el recurso de tacharle un punto, apelando a sus ganas de ganar. Es aquí que el Ideal entra en funciones: Federico consiente y ganar rivaliza con el delirio.

Cuando se incluye al locutor en la serie de los “trabajos” como discurso establecido que oficia de ordenador, la nominación ofertada queda enmarcada en la ley y lo saca de la excepción en lo real. Todos iguales frente a la ley: la función del locutor no autoriza los alaridos maníacos de los festejos. La intervención a través de la puesta en funciones del Ideal permite el despliegue en transferencia de un movimiento de separación y la apertura de dos espacios en lo que hasta ese momento se presentaba unificado. El Ideal como único significante que sobrevive a la forclusión del Nombre del Padre en el campo de lo simbólico, permite la postergación del goce y su posterior recuperación. Si logra festejar como él mismo, puede tomar ese exceso de goce para sí y obtener una ganancia apaciguadora. La explosión de la voz queda localizada en el festejo: lo que se presentaba en el alarido se acota en el afecto de la celebración cuando gana.

Situamos un momento electivo que se erige como bisagra del tratamiento: a partir del consentimiento de Federico la posición irónica aparece en el relato de la locución y

hasta en la postura corporal. Esta presentación clínica de la ironía, localizada en el tono y en el cuerpo, da muestras del trabajo operado sobre la misma y de sus efectos: el tiempo se flexibiliza y surge algo del orden de lo subjetivo, en el desplazamiento de un espacio al otro, por medio del tratamiento de la voz.

Podemos decir, tomando lo dicho por Lacan en *Problemas cruciales para el psicoanálisis* que esta intervención produce el buen golpe de tijeras, que efectúa el corte sobre el objeto a no extraído, para abrirlo y operar con el goce, allanando el camino en la dimensión del sujeto (Lacan 1965).

A partir de la función habilitada del locutor, vía el Ideal, se inaugura una negociación basada en una serie de oposiciones. El analista selecciona del material del delirio aquello que se presta como germen de un saber hacer. Desde la lógica interna del dispositivo de talleres oferta una escena opositora que invita a Federico como sujeto a una elección, que para constituirse como tal, requiere algo del orden de una invención. En el recorrido del tratamiento, Federico da cuenta del trabajo de elaboración lograda. Jacques Alain Miller subraya que frente a la falta del auxilio de discursos establecidos, en las psicosis “el sujeto está condicionado a devenir inventor, es empujado en particular a instrumentalizar el lenguaje” (Miller 1999). Vemos a Federico disfrutar en los talleres y aunque su preocupación por ganar va perdiendo peso, continúa construyendo los “recursos que le permiten inventar un modo singular de habitar el lenguaje” (Miller 1999). El analista apunala la invención través de la serie de experiencias que le permiten recuperar goce y aliviarse. Nos preguntamos en este punto si en las sucesivas negociaciones se va fundando un saber hacer que resta el Ideal de ganar y otorga predominancia al alivio.

Retomamos la pregunta del inicio “¿quién habla?” Pregunta sin respuesta porque la palabra en las psicosis está condenada al fracaso. El fundamento ético del analista es no responderla. Ella guía su labor y abre la hiancia que garantiza la supervivencia del sujeto donde la invención psicótica halla lugar, cada vez.

Bibliografía

- Alomo, M. (2012) La elección irónica, Letra Viva, Buenos Aires, 2012.
- Lacan, J. (1965) Problèmes cruciaux pour la psychanalyse. Inédito. Clase del 3-2-1965 “...le bon coup de ciseaux...” Citado por Martín Alomo en La elección irónica, Letra Viva, Buenos Aires, 2012. p. 90.
- Lacan, J. (1966) “Respuesta a los estudiantes de filosofía”, en Otros escritos, Paidós, Buenos Aires, Argentina. 2012.
- Miller, J. A. (1999) La invención psicótica, Conferencia introductoria al tema de “La invención psicótica” durante el Seminario de la Sección clínica Paris-Île-de-France (1999-2000), pronunciada el 24 de noviembre de 1999. Texto y notas establecidos por Catherine Bonningue.

El secreto de la transferencia

Gustavo Slatopolsky

I

Hace años que Blas habla por un celular imaginario -¿alucinado? (hasta aquí, indiscernible)- en los talleres. Cuando se encontraba de buen humor podía condescender a apagarlo a pedido del coordinador tomando Juan el cuidado de sostener la escena en una indeterminación. ¿Juega o escucha realmente; vacilación o certeza?

(Para quien solo disponía de cuatro palabras y las utilizaba señalando el referente con el dedo índice, el Otro del teléfono – imaginario o real - es leído como un avance importante).

En el taller *cerocomauno* lo pesco conversando al teléfono; me informa que le encargan asesinatos y que los ejecuta y luego cobra por ello; ya mató a tres personas. Le pregunto si eso se lo dice esa voz que escucha en el teléfono.

“¡No es una voz! ¡Me llama por teléfono!”.

La duda de los comienzos comienza a ordenarse: escucha; y no duda de que se trata de “alguien” al teléfono. Un texto organiza el lazo en una trama delirante: aquél *encarga*, él *acepta*. Es decir, no capta que el Otro ordena y que él no tiene como separarse de eso que el Otro exige.

Ese mismo día, en el taller *elephant dream*¹ propone la frase “Yo mato gente” para trabajar en un compás de cuatro tiempos. Vemos cómo el núcleo delirante cedido al comienzo del día es puesto al trabajo en *elephant*. Advertido, para el segundo compás propongo “Voy a ir preso”. Como se solfean articulados el primer y segundo compás, el *tempo* se canta a *viva vocce* “yo mato gente, voy a ir preso”. Luego será el tiempo de proponer una música acorde a semejante texto. ¿Rap? Al contrario, una música celestial como para dormir niños comienza a vestir el texto dando por efecto una deconstrucción absurda del sentido en juego. Blas, tan amigo del pasaje al acto cuando algo o alguien se interpone en el sentido que propone, primero se agarra la cabeza al escuchar cómo ha quedado la canción. Luego cantará, también a *viva vocce* pero bajito ya que ha quedado escrito con una inscripción más pequeña en el pizarrón por intervención de la coordinación. Tras cartón, una de las coordinadoras propone un silencio y entonces... en el tiempo donde cae “mato” se borra la palabra y pasa a ser reemplazado por un *silencio*. Juan, que ha sucumbido ya al influjo de lo sublime en el cantar, ni chista y sigue cantando preocupado por respetar la nueva lectura que ahora porta silencio de negra.

¹ Taller de música. Se proponen dos compases “vacíos” que se dibujan en el pizarrón y los participantes vierten en dicho marco lo que luego tendrá música y será cantado por todos

II

Blas no sabe escribir y ha sostenido de manera cerrada su rechazo a aprenderlo, lo que le facilitaría el lazo vista su dificultad fonatoria que hace difícil entender cuando habla. Luego de largos años ha despertado un deseo de hacerlo y por eso me demanda que le consiga una escuela. Le cuento que he hablado con una y que tendré una entrevista personal para contarles de su situación. A Blas, que lo venía pidiendo con insistencia, de golpe ya no le gusta la idea de que pueda tener yo una entrevista por él. Pide conversar conmigo a solas y me plantea que no cuente que...

G:-¿qué?

Blas: (sorprendido)-¿no sabés?

G: (Haciéndome el tonto)-¿qué?

A Blas lo ha dejado totalmente confundido que yo pueda no saber aquello que se cuida de nombrar. Da vueltas; claramente hemos dado con un significante de un valor diferente a la nadería sobre la que solemos departir. Finalmente: que no diga en la entrevista que lo han echado del colegio anterior, hace años. Le pregunto, como si no estuviera al tanto - ¡como si no lo hubiésemos conversado infinidad de veces! -, qué fue lo que pasó. Vuelve a contornear el punto esquivándolo, gira en redondo, hasta que hace el gesto que he visto tantas veces del dedo índice penetrando el agujero armado con los dedos de la otra mano. Comienza a reír fuera de marco. Insiste en que no cuente nada porque lo echarían. Le pregunto si siente culpa. Sí. ¿Por qué? Otra vez: porque lo echarían. Medio ríe, medio llora. Le pregunto si me está pidiendo que mienta. Sí, afirma y ríe. Al final eleva el puño en gesto amenazante y se señala su nariz dramatizando una nariz sangrante –la mía, si hablo lo que no debo.

A la semana siguiente vuelve a buscarme: que si cuento nuestro secreto (él no lo llama así) el director de la escuela “¡va a llamar a mi mamá!” y mientras lo dice realiza el mismo gesto que cuando habla alucinatoriamente por el celular.

Le digo entonces que eso que pasó quedará entre nosotros; un secreto entre la cigarra y él. Esto lo apacigua – estaba desesperado – y convenimos de manera civilizada que no puede volver a pasar. Esta vez no ríe.

III

En trabajos anteriores² hemos dado cuenta de la ausencia de algún orden de imposible que regule el lazo en Blas y las diferentes variaciones en torno a una regulación que pueda inventarse por fuera de la interdicción.

Los intentos en situar algún punto de responsabilización en el sujeto siempre ha desencadenado algún orden de escena perversa (pueril) en la transferencia en la que el sujeto queda perdido en una risa boba, cuando no un virtual pasaje al acto sobre la persona del analista.

Cuando lo sexual entra en juego el partenaire queda fenoménicamente en posición de objeto pero se trata de pasajes al acto en una estructura psicótica en el que el acto busca atajar un virtual desencadenamiento. Desmadejar este punto es crucial en términos éticos a la hora de dirimir una orientación en la cura. De hecho, punto crucial, en sus años en la cigarra nada de esto ha vuelto a acontecer ni dentro ni fuera del dispositivo.

El punto cernido hasta aquí da cuenta de una posición de objeto en el sujeto y su intento de ordenamiento en dirección al sentido por la vía del delirio. Sorprende una articulación lógica tan lograda – dado lo precario de sus producciones - que le señala un lugar posible: ser un asesino a sueldo.

El sentido llega a través de una voz alucinada vía celular. El mismo celular que realiza una y otra vez el encuentro traumático con el Uno del goce en el sexo y que deja al sujeto denunciado frente a su madre, *expulsado* del lazo en un eterno presente forclusivo.

El recorte capta dos momentos preciosos:

a. Cuando luego de años de conversaciones telefónicas esporádicas e intermitentes se torna texto que cede a la transferencia

b. El vehículo por el que transita la voz –el celular – opera un denominador común que enlaza otra escena: una voz que lo denuncia frente a la madre.

Pocas veces tan claro: si frente a la ausencia de relación sexual es posible el síntoma, aquí retorna como voz desde lo real expulsando del lazo al sujeto que queda reenviado al Otro materno sin salida.

Nos encontramos frente a una paradoja: de un lado, su deseo de aprender a escribir que lo relanzaría al lazo, tiene como condición volver a la escuela; del otro, lo que arrastra el significante *escuela*. Y la condición que plantea su posición de imposible apropiación del acto que puede ser nocivo para otros (no solo en el sexo).

Definir como imposible la responsabilidad orienta caminos que no repitan la expulsión a la que lo arroja la voz. Es con esta lectura que se orienta un acuerdo complejo. Veamos:

² entreUnos 0, Lo singular 2014, pg 11-36 Dymant P., Lindqvist de Samban, M. y Romero J.; Slatopolsky, G.

Lo primero que sorprende es la presencia de un significante que busca ser escamoteado. Atención! en alguien que se ufana de haber matado ya a tres, hay algo que irrumpe con efecto de incomodidad en el sujeto. Lejos de evocar un imposible de decir encarnado, el estatuto de secreto aquí es *utilitario*, en los lindes de una posición perversa. El cálculo que lo anima no deja de sorprendernos: si por un lado revela una inserción en la escena del mundo en ausencia de algún ideal soportado en un orden de interdicción que haga posible el lazo, por el otro, hay algo que sobrepasa su propio cálculo utilitario. Es el sujeto mismo quien queda sobrepasado en la instalación de una transferencia que no rechaza la presencia del sexo y busca amortiguar la posición de objeto en su relación a la voz. De allí una apuesta: un secreto que no sea utilitario y que le permita, por vez primera dejar de reír y consentir – solo el tiempo lo dirá – a que hay cosas que no se pueden hacer. Cuando ninguna relación a la ley se torna operatoria, una apuesta posible, quizá la única, sea la transferencia. Vez por vez.

slatopo@gmail.com



entre lenguas

Stabilisation de phénomènes élémentaires psychotiques dans un cas de psychose infantile

François Sauvagnat

Ce cas exemplifie un moment clinique d'un sujet dont la structure psychotique, manifestée précocement, s'était plus ou moins stabilisée sur un mode déficitaire, et provoque des moments de décompensation fortement dramatisés à l'adolescence. Chez lui, les phénomènes élémentaires ont toujours été présents ; sa mère témoigne ainsi de tentatives d'auto-mutilation dans son berceau ; il se plaint de la forme selon lui anormale de ses oreilles dès l'âge de 3 ans, etc. et les traits dysmorphophobiques plus ou moins intenses seront constants par la suite. Le retard scolaire, apparu dès 6 ans, le fera orienter vers le circuit spécialisé (Externat Médico-psychologique) ; lors de sa scolarité, il verra pendant plusieurs années une analyste.

L'entrée dans l'adolescence restera marquée pour lui par un événement vécu après coup comme catastrophique : il passe de longs moments sous la douche, pour se masturber. Par la suite, il expliquera qu'il est certain d'avoir ainsi endommagé sa peau et ses organes génitaux de manière irrémédiable. La symptomatique centrale de B est une dysmorphophobie massive : il exprime le sentiment que quelque chose de sa peau est anormal, alors que les choses s'étaient, selon la mère, plutôt calmées depuis son admission en EMP.

Un autre événement va précipiter son destin: ses parents, à leur retraite, décident que quitter la région où leur fils est installé dans un établissement d'insertion professionnelle (Atelier protégé) ; ils partent à deux cents kilomètres, ce que le fils ne supporte absolument pas. Il s'enivre, fait du scandale, est exclu de son établissement, et arrive chez ses parents, qui l'envoient au service de psychiatrie, dans l'attente de lui trouver une insertion dans un autre établissement.

Lors de cette période, B va multiplier rapidement des signes symptomatiques de plus en plus inquiétants. Les infirmiers nous indiquent qu'il semble se regarder dans le miroir de façon de plus en plus fixement. Lors d'une sortie pique-nique, B s'en prend brutalement à un infirmier avec qui il tente de se battre. Il est alors vu presque immédiatement par l'interne à qui il explique que cet infirmier l'a insulté, que c'est intolérable. Ces faits sont déniés par les personnes présentes. Un traitement neuroleptique est instauré. Nous le rencontrons le lendemain, et il nous explique qu'il a entendu distinctement une voix qui lui disait « tu es un monstre, tu as du poil gris ».

Parallèlement, il explique qu'il est attiré par les jeunes filles, d'une façon qui attire notre attention ; en effet, il ne s'agit pas simplement d'un « intérêt personnel » à leur égard dont il fait état, ce sont des « messages » qu'il reçoit, émanant de jeunes filles

« lorsqu'elles parlent entre elles ». Il pense que très souvent, dans leurs conversations entre elles, elles parlent de lui, et lui envoient des messages selon lesquels il doit s'occuper d'elles. D'un côté il présente cela comme une sorte d'obligation générale qui lui serait rappelée ; mais de l'autre, ces messages ont visiblement une valeur hallucinatoire et délirante, au sens où il les présente comme impératifs, le visant personnellement.

Ces phénomènes se concentrent par ailleurs sur son corps, et spécifiquement sa peau. Il explique en effet qu'il sait, au moins depuis son adolescence, que sa peau est anormale. Cette révélation lui est parvenue notamment en lien avec ce qu'il décrit comme des pratiques masturbatoires et des rituels de lavage pouvant durer plus que de raison. Selon lui, ces deux pratiques compulsives ont fini par « abimer sa peau » irrémédiablement. En outre, pour lui, la pilosité contribue à donner une allure monstrueuse à son épiderme. A noter qu'aucune particularité n'est notable concernant le grain de sa peau ou sa pilosité ; les discrètes remarques qui lui sont faites par nous à ce propos ne changent rien à son inquiétude délirante.

Devant cette intensification brutale de ses troubles, et notamment le risque de passage à l'acte, nous le convainquons d'accepter une hospitalisation à plein temps ; la prescription de neuroleptiques ne modifie guère ses convictions délirantes, comme il est habituellement notable dans les psychoses infantiles. Nous convenons de nous rencontrer trois fois par semaine de façon à l'aider à élaborer son vécu en direction d'une stabilisation.

La suite du traitement cherchera à :

- Limiter et relativiser les vécus délirants, tant dysmorphophobiques que désignateurs.
- L'orienter vers les signifiants personnes sur lesquelles il doit pouvoir s'appuyer pour élaborer une stabilisation.

Dans la première direction, B, qui évoque des fantasmes de « changer de peau », « s'écorcher », « tout couper », se voit confronter à une série d'éléments tendant à atténuer ses convictions ; d'une part, je lui indique que toute blessure peut avoir des conséquences absolument dramatiques, en insistant également de façon nette sur le fait que je ne le supporterais pas, alors que je suis devenu un confident visiblement important pour lui ; d'autre part, les deux infirmiers qui s'occupent particulièrement de lui sont barbus, et il est invité à donner des appréciations sur ce fait ; il indique ne pas pouvoir s'expliquer comment ces personnes, particulièrement bienveillantes à son égard, peuvent supporter une telle pilosité ; tous deux sont mariés, ont des enfants, à sa grande perplexité. Il n'arrive pas à s'expliquer comment leurs épouses peuvent supporter des conjoints ayant une telle allure. L'anormalité ressentie de sa part vacille, d'autant plus que tout objet coupant lui a été retiré à l'exception de rasoirs de sécurité, et que les infirmiers le surveillent à ma demande. Après avoir tenté de se raser une partie des jambes, il finit par y renoncer.

En ce qui concerne les vécus de désignation, selon lesquels il se sent particulièrement visé par des jeunes filles qui exigeraient qu'il « s'occupe d'elles », désignation qui se bouclerait par la constatation horrifiée qu'il « n'a pas une belle peau », nous notons qu'ils sont apparus avec l'adolescence et donnent littéralement un sens à sa vie. Nous choisissons donc de ne pas attaquer directement la supposition qu'il fait du désir féminin, mais de lui faire remarquer que cette perspective l'inquiète, prend une valeur qui est en fait menaçante ; nous lui suggérons alors que cette perspective existe certainement pour lui, mais qu'il est encore très jeune pour fonder une famille, d'autant plus qu'il n'a pas encore de métier, de logement, etc. en un mot, « rien ne presse », et nous lui proposons de prendre ces vécus comme impliquant en réalité une perspective lointaine, ce qui le soulage. Par la suite, nous le préviendrons de façon répétitive sur le danger que constitue pour lui un engagement trop direct avec des filles, en termes de risque d'augmentation incontrôlable de son activité délirante.

Dans la seconde direction, nous explorons son intérêt personnel pour l'habillement et les soins corporels. Toujours impeccablement habillé à son arrivée, son épisode d'intensification de vécus délirants est contemporain d'un soudain désintérêt pour le « style vestimentaire », il apparaît dépeigné, alors qu'il arborait toujours une mèche impeccable et une coiffure irréprochable. Il sait que son père, avec lequel il n'a plus aucun contact depuis des années, était coiffeur. Lui-même se plaît à répéter des expressions qui concernent l'esthétique, comme « beau comme un œuf ! ». Je l'invite à commenter les styles vestimentaires des personnes de son entourage, ce qu'il fait avec grand intérêt, et finit par lui faire remarquer son laisser-aller vestimentaire, à propos de quoi il exprime un sentiment de honte et de confusion. Il finit par reprendre à son compte cette particularité comme un trait qui lui est véritablement personnel, qui lui impose en quelque sorte une ligne de conduite éthique.

En trois mois, ces vécus invasifs se relativisent, même si une invasion délirante reste toujours possible. Un certain nombre de mesures sont mises en place :

Lors de ce troisième moment, les vécus de B se trouvent relativement stabilisés, et il est possible d'envisager une prise en charge moins restreignante. Un studio est loué par sa mère, dans lequel il emménage avec l'aide d'infirmiers, de façon à minimiser les interventions parentales.

Un autre épisode concerne un nouvel épisode délirant relativement « encadré » et bref. Le dimanche soir, il se retrouve seul dans son studio et explique qu'il a alors parfois des vécus étranges, dont il est capable de raconter le détail. Depuis longtemps, il s'intéresse aux films « gothiques » ou d'horreur, en particulier la série de films qui met en scène des morts vivants. Il allait régulièrement au cinéma lorsqu'il était en région parisienne, et était tout particulièrement attiré par ces spectacles, qui avaient un effet puissant : pendant plusieurs minutes, il était comme aveuglé, devait sortir de la salle

tant bien que mal, et ne récupérait que progressivement dit-il. Or c'est un phénomène du même genre qui aurait lieu le dimanche soir, explique-t-il : il se met à prier, ou plutôt à invoquer Dieu, et dit : « Dieu, envoie-moi un mort-vivant ! » ; il a alors l'impression qu'un tel personnage va surgir, et ferme les yeux pour ne pas l'apercevoir. L'épisode se termine par la prise d'une pilule d'anxiolytique, qui, selon lui, lui a permis de se calmer.

Cet épisode, qui vient après un travail psychothérapique progressif dans lequel il a été invité à repérer les zones de fragilité qui sont les siennes, et les moyens d'y parer, apparaît comme une répétition d'un mécanisme déjà mis en lumière par des éléments biographiques. Il est alors capable de saisir ses propres choix par rapport aux différents signifiant qui marquent sa situation dans le monde. Invité à discuter les circonstances de cet événement psychique, il indique qu'en fin de week-end, il tend à s'ennuyer, et que cette « invocation » est une façon de rompre cette monotonie.

Nous notons le même jour, lors d'une rencontre fortuite avec son infirmier référent, que B s'est plaint auprès de lui de s'ennuyer pendant les week-ends, et que des activités ont pu être organisées dans ce sens.

La psychothérapie a dû être interrompue trois mois plus tard du fait d'une nomination universitaire qui ne permettait pas que nous continuions ces consultations.

Nous restons en contact avec des infirmiers du service, qui nous indiquaient, trois ans après notre départ, que la stabilisation de B s'est continuée plusieurs années de suite malgré cet arrêt, et qu'il a pu trouver un emploi de magasinier ultérieurement.

Estabilización de fenómenos elementales psicóticos en un caso de psicosis infantil

François Sauvagnat / Traducción: María Romé

Profesor de psicopatología en la Universidad de Rennes 2 (Francia). Director de investigación en la Universidad de Paris 7. Docente en la Sección Clínica de Rennes.

Psicoanalista, miembro de la École de la Cause Freudienne (Paris, Francia).

El caso que se presenta a continuación permite ilustrar un momento clínico de un sujeto (a quien llamaremos "B") cuya estructura psicótica, manifiesta tempranamente, se ha estabilizado bajo una forma deficitaria, generando momentos de descompensación fuertemente pronunciados en la adolescencia. Los fenómenos elementales habían estado siempre presentes: su madre refiere intentos de auto-mutilación ya desde la cuna; a sus tres años, se quejaba de la forma según él anormal de sus orejas, etc. De allí en adelante, los rasgos dismorfofóbicos más o menos intensos serán constantes. Es el fracaso escolar, aparecido a sus seis años, lo que lo conduce a la consulta, que deriva en un análisis sostenido durante varios años durante su escolaridad.

La entrada en la adolescencia quedará para él signada por un acontecimiento, vivenciado a posteriori como catastrófico, en el cual permanece durante un largo rato bajo la ducha para masturbarse. A continuación, dirá que está seguro de haber dañado su piel y sus órganos genitales de manera irremediable. La sintomatología central es la de una dismorfofobia masiva: expresa el sentimiento de que algo en su piel es anormal, aunque las cosas se han calmado bastante desde su admisión al tratamiento.

Otro acontecimiento va a precipitar su destino: sus padres se jubilan y deciden abandonar la región donde él se encuentra alojado en un establecimiento de inserción profesional; parten entonces a doscientos kilómetros de ese lugar, lo cual a él le resulta absolutamente insoportable. Enfurece, hace un escándalo, es expulsado del establecimiento, y llega finalmente a lo de sus padres, que lo envían a un servicio de psiquiatría con la expectativa de encontrarle una inserción en otra institución.

En el transcurso de ese período, se multiplican en B algunos signos sintomáticos que resultan cada vez más inquietantes. Se mira al espejo de manera cada vez más fija. En una salida de pick-nick agrede brutalmente a un enfermero, con quien intenta pelear. Es entonces visto por un residente, a quien explica que ese enfermero lo ha insultado, y que le resulta insoportable, hechos que son negados por las personas allí presentes. Se decide entonces instaurar un tratamiento medicamentoso. En el encuentro con él, al día siguiente, dice que escuchó claramente una voz que le decía "sos un monstruo, tenés un pelaje gris".

Paralelamente, cuenta que le gustan las chicas, de una manera llamativa: no se trata simplemente de un "interés personal" por ellas, sino de "mensajes" que recibe por parte de las muchachas "cuando hablan entre ellas". Sostiene que muy a menudo, mientras conversan, le envían mensajes según los cuales él debe cuidarlas. Por un lado, lo presenta como una suerte de obligación general que le sería recordada; pero por otro lado, tales mensajes tienen estatuto alucinatorio y delirante, en tanto los presenta como imperativos que apuntan a él.

Tales fenómenos se concentran sobre su cuerpo, específicamente sobre su piel. Dice que sabe, por lo menos desde su adolescencia, que su piel es anormal. Tal revelación le es dada en conexión con lo que él describe como prácticas masturbatorias y rituales de lavado, que podían durar más que lo habitual. Según él, esas dos prácticas compulsivas terminaron "dañando su piel" irremediabilmente. Por otro lado, la vellosidad contribuye a darle una apariencia monstruosa a su epidermis. Cabe señalar que la textura de su piel o su vellosidad no presentan ninguna particularidad notable. Los discretos señalamientos que se le hacen al respecto no inciden para nada en su inquietud delirante.

Ante la intensificación brutal de sus trastornos, y sobre todo ante el riesgo de pasaje al acto, se logra que acepte una internación a tiempo completo. La prescripción de neurólépticos no modifica en nada sus convicciones delirantes, como suele suceder en las psicosis infantiles. Acordamos con él encontrarnos tres veces por semana, con el propósito de acompañarlo en la elaboración de sus vivencias en dirección a una estabilización.

A continuación, el tratamiento buscará entonces:

- limitar y relativizar sus vivencias delirantes, tanto dismorfofóbicas como de designación¹.
- orientarlo hacia aquello sobre lo cual él pueda apoyarse, para elaborar una estabilización.

En la primera dirección, B, que evoca fantasías de "cambiar de piel", "despellejarse", "cortarse", se ve confrontado a una serie de elementos que atenúan sus convicciones; por un lado, le indico que toda herida puede tener consecuencias absolutamente dramáticas, insistiendo al mismo tiempo sobre el hecho de que yo no lo soportaría, en tanto he devenido un confidente visiblemente importante para él; por otro lado, los dos enfermeros que se ocupan especialmente de él tienen barba, y se lo invita a hablar de eso. Dice entonces no poder explicarse cómo esas personas, particularmente amables con él, pueden soportar tal vellosidad; ambos están casados y tienen hijos, lo cual lo deja perplejo. No logra explicarse cómo sus esposas pueden soportar cónyuges con ese aspecto. La anormalidad que siente entonces vacila. Se le ha retirado todo objeto cortante, salvo la afeitadora de seguridad, y los enfermeros lo cuidan atentamente. Luego de haber intentado afeitarse una parte de las piernas, termina renunciando a ello.

¹ "Les vécus délirants, tant dysmorphophobiques que désignateurs".

Con respecto a las vivencias de designación, según las cuales él se siente particularmente apuntado por muchachas que exigirían que él “se ocupe de ellas”, designación que se vería redoblada por la constatación horrorosa de “no tener una piel bella”, notamos que tales vivencias, que aparecen en su adolescencia, dan un sentido a su vida. Elegimos entonces no atacar directamente la suposición que él hace del deseo femenino, sino que tratamos de que advierta que tal perspectiva lo inquieta, al adquirir un valor que es para él amenazante. Señalamos que esa perspectiva existe también para él, pero que es muy joven para armar una familia, más aún cuando no tiene aún una ocupación, una vivienda, etc. En otros términos, “no hay apuro”². Le proponemos tomar esas vivencias como implicando en realidad una perspectiva lejana, lo cual lo alivia; y le advertimos acerca del peligro que constituye para él un acercamiento muy directo con las muchachas, considerando el riesgo de intensificación incontrolable de su actividad delirante.

En la segunda dirección, indagamos su interés personal por las vestimentas y los cuidados corporales. Siempre impecablemente vestido al llegar, su episodio de intensificación de vivencias delirantes es contemporáneo de un repentino desinterés por el “estilo de indumentaria”: aparece entonces muy desgreñado y despeinado, mientras que siempre había lucido sumamente prolijo, con un peinado impecable. Sabe que su padre, con quien no ha tenido ningún contacto desde hace años, es peluquero. Asume que a él mismo le gusta repetir expresiones relativas a la estética. Lo invito entonces a hablar de los estilos de indumentaria de las personas de su entorno, a lo cual accede con gran interés, para luego señalar su dejarse estar en cuanto a sus vestimentas. Ante esto expresa un sentimiento de vergüenza y confusión. Termina por tomar a su cuenta esa particularidad, como un rasgo propio, verdaderamente personal, que le otorga una cierta línea de conducta ética.

En el transcurso de los tres meses siguientes, sus vivencias invasivas se relativizan, aún cuando una invasión delirante sigue siendo siempre posible. Se toman entonces una serie de medidas.

En este tercer momento, las vivencias de B se encuentran relativamente estabilizadas, resultando posible pensar en un abordaje con menos restricciones. Su madre le alquila entonces un departamento, donde él se instala con el acompañamiento de enfermeros, de manera tal de minimizar las intervenciones parentales.

Se produce un nuevo episodio delirante, esta vez relativamente “enmarcado” y breve. El domingo por la tarde, encontrándose solo en su departamento, vuelve a tener vivencias extrañas, que logra describir detalladamente. Refiere que desde hace tiempo le interesan las películas “góticas” o de terror, en particular aquellas en las cuales apa-

2 “Rien ne presse”.

recen muertos vivos. Mientras residía en la región parisina iba regularmente al cine, siendo particularmente atraído por dicho género, que producía en él un efecto poderoso: resultaba como enceguecido y permanecía así durante varios minutos, teniendo que salir de la sala para recuperarse progresivamente. Es precisamente un fenómeno de ese tipo el que se produce el domingo por la tarde: se pone a rezar, o más bien a invocar a Dios, y dice “Dios, envíame un muerto vivo”. Tiene entonces la impresión de que un personaje así va a aparecer, y cierra los ojos para no verlo. El episodio concluye con la ingesta de una píldora de ansiolítico, que, según él, le permite calmarse.

Tal episodio, que se produce luego de un tratamiento en el cual él ha sido invitado a advertir sus puntos débiles y sus recursos para suplirlos, aparece como la repetición de un mecanismo ya esclarecido por algunos indicios biográficos. Resulta entonces capaz de ubicar sus propias elecciones con respecto a ciertos significantes que han marcado su situación en el mundo. Cuando se lo invita a hablar acerca de ese último episodio, dice que hacia el final del fin de semana generalmente se aburre, siendo tal “invocación” una manera de romper con esa monotonía.

El mismo día, en un encuentro azaroso con su enfermero de referencia, nos enteramos que B se ha quejado con él de aburrirse durante los fines de semana, sugiriendo que podrían organizarse actividades.

El tratamiento debió ser interrumpido tres meses después debido a una designación en la universidad, que impidió continuar con los encuentros. Continuamos en contacto con los enfermeros del servicio, que nos cuentan, tres años después de nuestra partida, que la estabilización de B pudo sostenerse más allá de esa interrupción, logrando más adelante conseguir un empleo.

Jimmy

Christophe Le Poëc

Une première version de ce texte a été présentée pour les journées de Rennes : « Les hallucinations verbales chez l'enfant psychotique », qui ont eu lieu le 27/03/2015 à l'initiative de François Sauvagnat et Damien Guyonnet. Dans la clinique au quotidien que nous soutenons en institution, les enfants nous témoignent souvent de leur surprise, d'une certaine étrangeté qu'ils peuvent éprouver, voire de leur révolte. « Il faut que ça me sorte de la tête. » « Chaque fois que le professeur se retourne, j'entends les autres me dire : tête de cochon », « tu l'as entendu n'est-ce pas cette porte qui a claqué toute la nuit. » « Mon Problème, c'est que je vois les fantômes. » Jour après jour, nous tentons, avec eux, de nous tenir au plus près de ce qu'ils nous adressent, respectant à la fois leur retenue, leur discrétion, la singularité de leur dit et, surtout, leur incroyable inventivité pour faire avec ce qui constitue leur énigme. L'enfant est-il halluciné ? Y a-t-il une spécificité de l'hallucination chez l'enfant ? La question n'est pas neuve, elle continue à faire débat¹. Elle anime nos réunions cliniques au Courtil et porte avec elle la dimension du choix du clinicien, du choix de ses interventions. Au terme d'une minutieuse étude, L'historien de la psychiatrie, Georges Lanteri-Laura, remarquait qu'en définitive, « tout ce que nous sommes sensés connaître sur les hallucinations repose sur ce que le sujet, supposé halluciné, veut bien, et je rajouterais peut bien, nous confier à nous clinicien. »² Chez les enfants justement le thème du témoignage est au cœur du problème. Si certains nous adressent leur question sans détour, pour d'autres, c'est dans le sillon de leurs cris et de leurs actes que nous traçons notre lecture. Ici, je m'appuierai sur le travail actuel avec Jimmy, 8 ans, accueilli à CAPI en semi-internat depuis bientôt deux ans, pour tenter de saisir ce que je formulerais ainsi : lorsque la langue prend une teinte hallucinatoire. Les premiers instants de Jimmy dans la vie sont marqués par le bruit, l'agitation. Une grande alcoolisation du père, l'agressivité et le mouvement porté par l'omniprésence d'invités dans l'appartement composent la toile de ses trois premières années. Âge auquel il est placé dans un foyer de la petite enfance jusqu'à ses quatre ans. Lorsqu'il arrive chez l'assistante familiale chez qui il réside encore actuellement, il crie et circule de manière très éclatée. L'accueil bienveillant de cette dame lui permettra d'acquérir des capacités motrices impossible jusqu'alors. Tels la marche ainsi qu'un langage qui commence à se structurer. ¹ En 1947, la clinicienne Juliette Louis Despert – illustre collègue de Léo Kanner - notait déjà que « la littérature relative aux hallucinations était si vaste que dès 1932 elle avait recensé plus de 1000 publications sur ce sujet. En revanche, celle qui avait trait aux hallucinations et délires de l'enfant restait très pauvre. » Ce constat, jusqu'au début des années 2000, était toujours d'actualité. ² Georges Lanteri-Laura, Les hallucinations., Masson, Paris, 1991. Ce qui frappe lors de notre première

rencontre avec lui alors qu'il a sept ans, c'est cette agitation du corps, cette tornade qui semble ne pouvoir trouver de point d'arrêt. Il jette des objets sur les autres, visant principalement les yeux, pousse des cris, tient un discours sexualisé. De temps à autre, il se met à genou, tient sa tête entre les mains et se balance ou se plaint d'une douleur au pied et ne peut plus marcher. Une porte qui s'ouvre, un nouvel arrivant, un objet qui se révèle soudainement dans le décor aspirent son corps à se mouvoir dans une frénésie de mimiques³, de gesticulations ou de cris dont la forme la plus brute se manifeste sûrement par ses fameux aboiements, si souvent serinés, mais qui lui sont insupportables s'ils sont répétés en écho par un autre enfant. De cet insupportable, Jimmy a pu en témoigner à plusieurs reprises, lorsque, par exemple, revenant avec lui sur un moment où il s'est attaqué violemment à un autre jeune, je lui demande s'il a des souvenirs de cet épisode. Il me répond : « Oui, mais c'est lui qui n'arrête pas, il me fait aou aou » et il imite l'aboiement qu'il clamait juste avant de frapper. Jimmy nous le dit chaque jour, sa propre parole se tient en embuscade, prête à s'imposer d'un Autre vociférant qui le désigne de manière indubitable. Notez la structure du « Il me fait », véritable antienne pour Jimmy, qui situe bien sa place particulière dans son rapport à l'Autre. Cela peut être sa propre parole, qui lui vient de l'Autre, mais aussi celle prononcée par un autre qui lui revient sur le mode de ce que j'appelai tout à l'heure une teinte hallucinatoire. Une simple phrase prononcée avec les meilleures intentions, telle que celle d'un médecin de famille, prend la forme d'un commandement. « J'ai vu le médecin, me raconte-t-il, tu sais ce qu'il m'a dit, et il se met à hurler : « TU VAS PRENDRE TES MEDICAMENTS SINON. » et il fait glisser son pouce le long de son cou. Une phrase prononcée par l'autre, ou par lui même, toutes deux, à un moment précis, prennent le statut d'injure, de menace, c'est contre quoi Jimmy réplique, par des coups notamment. Parfois, la simple présence d'un objet précipite le signifiant dans une holophrase, telle ce moment où il se saisit d'un marteau et que, le regard crispé et les deux mains serrés sur l'outil, il se met soudainement à taper de toutes ses forces en disant : « tape, tape, tape. » Jimmy entend-il une voix ? Il ne le dit pas comme tel. Je ne connais qu'un seul témoignage survenu dans l'après coup d'un passage à l'acte : « C'est pas moi, me dit-il, c'est mon cœur, il me fait, et en mimant les pulsations : « tape le, tape le. » Il n'en reparlera plus de la sorte. Mais il me semble ³ Dérive Métomimique ! que la question n'est pas de savoir si Jimmy entend quelque chose qui a, ou qui n'a pas été proféré réellement, mais plutôt de prendre, avec lui, la mesure de ce que « la chaîne signifiante s'impose par elle même dans sa dimension de voix. » ⁴⁵ Au fil de nos rencontres, Jimmy nous apprend que ces phénomènes ne paraissent pas sous un ciel si capricieux. Il y a des suspens à la frénésie du passage à l'acte, il y a des accalmies. Nous choisissons de prendre appui sur ces suspens pour orienter nos interventions, pour esquisser les lignes de notre partenariat. Prenons l'aboiement. Quelqu'un qui surgit et lui adresse la parole alors qu'il se trouve attelé à

une tâche précise déclenche de manière presque automatique cet aboiement qui semble lui traverser le corps. Nous faisons l'hypothèse que l'aboiement surgit comme réponse, réplique, au point où ce qui trouvait à se nouer vient se rompre. Au point précis où la chaîne se brise, l'aboiement s'impose comme trognon, comme reste, lorsque le bruit, l'énigme de l'équivoque se trouve réduit, par un forçage, à l'univoque⁶. 7 Je vais maintenant déplier ce que j'ai appelé ces suspens, ces moments où le corps de Jimmy se pose, où il s'adresse à l'autre sans lui fondre dessus. Premier suspens, La cage Les intervenants ont très tôt repéré son intérêt pour les boîtes et ce qu'on y met à l'intérieur, la plupart du temps ceux sont des jouets, qu'il dit être des animaux. Des oiseaux, des dinosaures, des rats dont il faut prendre soin, veillez à la bonne santé de l'animal mis ainsi en cage. Bien souvent, c'est son propre corps qu'il cherche à circonscrire lorsque, par exemple, il se faufile dans les casiers de matériels. Mais ce n'est pas la même chose d'être le soigneur qui s'occupe de l'animal en cage que d'être lui-même pris dans le contenant. Une expérience nous enseignera le réel de l'affaire 4 Jacques Lacan, D'une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose, p533. 5 De Baillarger à Séglas, l'étude de la sensorialisation du phénomène hallucinatoire a été abandonnée pour privilégier celle de sa structure verbale, et non sonore (confirmé par le fait que des personnes sourdes et muettes peuvent être sujets à des hallucinations verbales (cf Cramer)). Avec Lacan, dans la question préliminaire, le thème de la sensorialisation est tenue pour indifférente, dans la mesure où la vocalisation renverrait avant tout aux modalités d'apparition du surmoi. Dans ce texte, Lacan met l'accent sur une certaine particularité du pronom personnel, et une certaine particularité de la temporalité. Cette perspective est très éclairante dans le travail avec Jimmy qui nous témoigne bien de la question de l'attribution, ainsi que de la contiguïté du pronom personnel et de l'injure. Dès lors, la question n'est pas de savoir si Jimmy entend ou non réellement une voix mais bien de comment la langue s'impose avec une coloration hallucinatoire. 6 Pierre Naveau, Les psychoses et le lien social. 7 Nous pourrions discuter le statut de l'aboiement comme nomination. Ce qui pourrait expliquer le passage à l'acte lorsqu'un autre enfant répète en écho son cri. La répétition par un autre le déposséderait de son trait. L'hallucination, au demeurant, est une tentative de nomination, « certes pas très agréable, comme le précise François Sauvagnat, mais c'est un mode de nomination tout de même » (François Sauvagnat, radio lacan, les hallucinations verbales.) lorsqu'il décide un jour de construire une voiture en carton dans laquelle il s'installe. Il ne peut plus s'en défaire, il circule dans sa voiture sans pouvoir en sortir. Lorsque le scotch et le carton cèdent à ses mouvements, Jimmy se débat, se mord la main avant d'avoir un mouvement de retrait. Débranché, il s'effondre en arrière et s'évanouit pendant cinq à dix secondes, lorsqu'il revient à lui, il dit : « J'ai dormi », et décide de mettre sa voiture « au garage, car elle est cassée ». Deuxième suspens, l'objet Je crois avoir rarement vu Jim-

my passer d'un lieu à l'autre sans faire usage d'un objet. Parfois encombrant, parfois discret, mais toujours là. Cela peut être un petit quelque chose saisi au moment de quitter un endroit. Une clef, une balle, un fil de laine, une roue de vélo, voire même une poule lors d'un atelier prairie ! Il ne s'agit pas d'un doudou, soigneusement choisi et gardé précieusement, car les objets de Jimmy font série et qu'une fois leur fonction remplie, ils sont aussitôt laissés à l'abandon. N'importe où, ou plutôt au point même où leur fonction a été troquée. Au moment de quitter un endroit pour un autre, Jimmy, d'une lucidité implacable, prend son temps avant de déclarer : « Je prends ça » puis s'en va avec dans la main l'insigne qui vient faire con-sister son corps le temps du passage. Parfois, l'objet peut être troqué pour une simple petite fiction, une petite histoire qui lui donne un place pour un temps. Tel que faire une course avec les autres enfants. « Alors on fait la course ? » Il me tend le petit bateau de papier qu'il a dans la main et me dit : Tu peux prendre ça ? Et part en courant. Troisième suspens, l'historiette Jimmy a une manière parfois pressante de convoquer l'adulte pour qu'il l'accompagne dans ses nombreuses fictions. Il ne joue pas seul, il faut un autre. « Est-ce qu'on peut jouer à la police ? » « On peut jouer au tigre, au cheval ? » Ce qui est tout à fait remarquable, c'est que Jimmy, qui se présente bien souvent sur un mode d'agitation extrême du corps, n'a de cesse, au cours de ces scénarios, de convoquer des identifications qui n'ont d'autre destin que d'être attachées, enfermées, dans des prisons, des maisons, des cages, où ils restent immobiles et muets... Le voleur par exemple, qu'il convoque si souvent, est-il de ceux qui dérobe quelque chose à l'autre ? Non, il s'agit plutôt d'un voleur qui se fait poursuivre et qui très vite est attrapé, menotté, et enfermé en prison. Quelle figure d'animal convoque-t-il ? Le cheval galopant à vive allure ? Pas vraiment, mais plutôt muet, attaché, ou enfermé dans son enclos. Ou alors, il s'agit d'un animal blessé, immobile qui doit se faire soigner à l'hôpital, pour une blessure dont il porte la trace. J'ai choisi, pour cet exposé, de distinguer ces trois trouvailles qui marquent un suspens à l'agitation du corps et au surgissement du mauvais œil et de la voix. Mais cette distinction n'est effectuée que pour la clarté de la présentation. Ils sont bien entendu imbriqués les uns dans les autres. La cage peut être l'objet dont il use pour circuler, l'objet peut être le trait qui supporte l'identification et, nous l'avons vu, le trait d'identification peut être l'objet qui entre dans la cage. Cependant, notons que ces trouvailles, tout comme l'irruption de la voix, résonnent dans le ton de l'énigme singulière à laquelle il a affaire, dans le thème même de sa perplexité, préalablement rencontrée. Jimmy nous en livre un bout lorsqu'il raconte à une intervenante ses « souvenirs d'avant ses 4 ans » : « Il y avait deux chiens, raconte-t-il, moi j'étais dans ma cage, j'avais peur. Il y a un chien qui m'a mordu, là tu vois, il m'a mordu ici. C'était le chien de ma maman. L'autre chien, celui de mon papa il est mort de rire » Dans l'entour de l'événement de corps, des signifiants émergent et c'est avec eux que Jimmy tresse ses élaborations. L'orientation

dans le travail avec ce jeune nous pose encore beaucoup de questions. Les passages à l'acte surtout. Pour ma part, j'ai choisi de partir de l'historiette et de mettre en place un atelier dans lequel il met en scène, avec d'autres enfants, des petites histoires sous la forme de jeux de rôles. « On a qu'à faire des travaux, je suis le chef de chantier » dit-il. Je remarque qu'à ce moment, Jimmy peut s'adresser à un autre enfant de manière plus apaisée en lui expliquant : « Tu vois il faut réparer le toit car il y a un trou, ici là. » Il n'est pas nécessaire de réaliser vraiment quelque chose, l'important est d'agir en répétant « on fait du travail » à qui veut l'entendre. « C'est pour du semblant » peut-il dire à l'occasion. Il est cependant important que les autres enfants soient introduits dans la fiction, avec un nom et une tâche, sinon il peut se jeter dessus et aboyer. Bien entendu, avec Jimmy, le déferlement imaginaire n'est jamais loin et un premier pan du travail est de n'être pas partenaire de tout. Dans un premier temps, bien que partant de ces historiettes, j'ai choisi d'introduire un certain nombre de coupures dans la dérive métonymique en installant par exemple des jours, des nuits, des heures en distinguant des espaces sur le sol... Petit à petit, nous l'invitons à nous tracer les plans de ces travaux, pour que l'on y comprenne quelque chose, et nous remarquons qu'il a un véritable intérêt pour le tracé. Il se concentre, nous explique. Ainsi, arrimé à une nomination, « être le chef de chantier », un travail d'écriture est rendu possible. D'abord par les plans qu'il se met à réaliser, puis par sa signature, ensuite en recopiant quelques mots pour décrire ce qu'il a tracé. Nous avons l'idée, sans pour autant savoir à l'avance, que l'enjeu se situe plus sur ce versant. Partir de ses signifiants, cage, chien, animal blessé et se faire partenaire d'une écriture. Non sur le versant du sens, mais plutôt sur celui de la trace, de l'empreinte du sujet dans le monde. C'est un peu ce dont nous a témoigné Jimmy, lorsqu'il y a quelques semaines nous lui avons proposé de mettre ses dessins et écrits dans un classeur, il s'en saisi et a déclaré : « Ça c'est que à moi ». Ce travail est encore jeune, pour l'instant, nous en sommes là.

Jimmy

Christophe Le Poëc. Traducción: Lore Buchner

Una primera versión de este texto fue presentada para las jornadas de Rennes « Las alucinaciones verbales en el niño psicótico », que han tenido lugar el 27 de marzo de 2015 por iniciativa de François Sauvagnat y Damien Guyonnet.

En la clínica cotidiana que sostenemos en institución, los niños nos dan a menudo muestras de su sorpresa, de una cierta extrañeza que pueden experimentar, incluso de su rebeldía. “Tengo que sacarme eso de la cabeza.” “Cada vez que el profesor se da vuelta, escucho a los otros decirme: cabeza dura”, “¿Escuchaste esa puerta golpeando toda la noche, no?”. “Mi problema es que veo fantasmas.” Día tras día, intentamos, con ellos, mantenernos lo más cerca posible de lo que nos dirigen, respetando al mismo tiempo lo que mantienen en reserva, su discreción, la singularidad de su dicho y, especialmente, su increíble inventiva para hacer con lo que constituye su enigma. ¿Está alucinado el niño? ¿Hay una especificidad de la alucinación en el niño? No es una pregunta novedosa, pero continúa generando debate¹. Anima nuestras reuniones clínicas en Courtil y conlleva con ella la dimensión de la decisión del clínico, de la decisión de sus intervenciones.

Al término de un estudio minucioso, el historiador de la psiquiatría, Georges Lanteri-Laura, observaba que, en definitiva, “todo lo que creemos conocer sobre las alucinaciones se basa en lo que el sujeto supuestamente alucinado quiere – y yo agregaría puede – confiarnos a nosotros, clínicos”². En los niños, el tema del testimonio está precisamente en el corazón del problema. Si bien algunos nos dirigen su pregunta sin vueltas, para otros, es siguiendo sus gritos y actos que trazamos nuestra lectura.

Aquí, me apoyaré en el trabajo actual con Jimmy, de 8 años, recibido en CAPI en seminternado después de casi dos años, para intentar captar lo que formularía de la siguiente manera: cuando la lengua toma un tinte alucinatorio.

Los primeros instantes de Jimmy en la vida están marcados por el ruido y la agitación. Una importante alcoholización del padre, la agresividad y el movimiento acarreado por la omnipresencia de invitados en el departamento forman parte del cuadro de sus tres primeros años, edad en la cual es ingresado en un hogar de la primera infancia hasta

¹ En 1947, la clínica Juliette Louis Despert – ilustre colega de Léo Kanner – ya observaba que “la literatura relativa a las alucinaciones era tan vasta que desde 1932 había listado más de 1000 publicaciones sobre este tema. En cambio, la que guarda relación con las alucinaciones y delirios del niño seguían siendo muy pobre.” Esta constatación, hasta comienzos del año 2000, seguía siendo actual.

² Georges Lanteri-Laura, *Les hallucinations*, Masson, Paris, 1991.

sus cuatro años. Cuando llega a lo de la asistente familiar con quien todavía reside en la actualidad, grita y circula de manera muy explosiva. La calurosa acogida de esta mujer le permitirá adquirir capacidades motrices imposibles hasta entonces, tales como la marcha, así como un lenguaje que comienza a estructurarse. Lo que sorprende durante nuestro primer encuentro con él, a sus 7 años, es esta agitación del cuerpo, este tornado que parece no encontrar punto de detenimiento. Arroja objetos a los otros, apuntando principalmente a los ojos, grita y mantiene un discurso sexualizado. De un momento a otro, se pone de rodillas, sostiene su cabeza con las manos y se balancea, o se queja de un dolor en el pie y ya no puede caminar. Una puerta abriéndose, alguien nuevo que llega, un objeto que de pronto se revela en el decorado, todo aspira su cuerpo a moverse en un frenesí de mímicas³, de gesticulaciones o de gritos, cuya forma más bruta se manifiesta sin duda en sus famosos ladridos, a menudo machacados, pero que le resultan insoportables si son repetidos en eco por otro niño.

Jimmy ha testimoniado en numerosas oportunidades respecto a este insoportable, cuando, por ejemplo, evocando un momento en el que atacó violentamente a otro joven, le pregunto si tiene recuerdos de este episodio. Me responde: "Sí, pero es él quien no se detiene, me hace au au" e imita el ladrido que él clamaba justo antes de golpear. Jimmy nos lo dice cada día, su propia palabra azota, dispuesta a imponerse un otro vociferante que lo alude de manera incuestionable. Obsérvese la estructura del "Él me obliga", verdadera cantinela para Jimmy, que sitúa bien su lugar particular en su relación al Otro. Eso puede ser su propia palabra, que le viene del Otro, pero también aquella pronunciada por otro que le retorna bajo el modo de lo que llamaba hace un momento un tinte alucinatorio. Una simple frase pronunciada con las mejores intenciones, tal como la del médico de familia, toma la forma de un mandato. "Fui a ver al médico", me cuenta, "¿Sabés lo que me dijo?", y se pone a gritar: "TOMÁS TUS REMEDIOS, O SI NO..." y desliza su pulgar a lo largo del cuello. Una frase pronunciada por el otro, o por sí mismo, ambas, en un momento dado, toman el estatuto de injuria, de amenaza, contra lo cual Jimmy responde especialmente a los golpes. A veces, la simple presencia de un objeto precipita al significante en una holofrase, tal como el momento en el que se apodera de un martillo y que, con la mirada nerviosa y ambas manos apretando la herramienta, se pone súbitamente a golpear con todas sus fuerzas, diciendo: "golpeá, golpeá, golpeá". ¿Jimmy oye una voz? No lo dice así. Solo obtuve un único testimonio que tuvo lugar en el après-coup de un pasaje al acto: "No soy yo", me dice, "es mi corazón, él me obliga", e imitando las pulsaciones: "golpéalo, golpéalo". Jamás volverá a hablar de esta manera. No obstante, pienso que no se trata de saber si Jimmy escucha algo que ha sido verdaderamente proferido o no, sino

3 ¡Deriva metonímica!

más bien de dimensionar, junto a él, lo que "la cadena significativa se impone por sí misma en su dimensión de voz"⁴⁵.

A lo largo de nuestros encuentros, Jimmy nos enseña que estos fenómenos no aparecen de un modo tan caprichoso. En el frenesí del pasaje al acto, hay suspensos, hay treguas. Decidimos apoyarnos en estos suspensos para orientar nuestras intervenciones, para esbozar las líneas de nuestra cooperación. Tomemos el ladrido. Alguien que aparece y le dirige la palabra mientras que él está dedicado a una tarea precisa, desencadena de manera casi automática este ladrido que parece atravesarle el cuerpo. Planteamos la hipótesis de que el ladrido surge como respuesta, réplica, en el punto en que lo que lograba anudarse viene a romperse. En el punto exacto en el que la cadena se rompe, el ladrido se impone como trozo, como resto, cuando el ruido, el enigma del equívoco, se encuentra reducido, mediante un forzamiento, a lo unívoco.

Voy ahora a desplegar lo que llamé esos suspensos, esos momentos en los que el cuerpo de Jimmy se relaja, en los que se dirige al otro sin lanzársele encima.

Primer suspenso, la jaula

Los intervinientes han advertido tempranamente su interés por las cajas y lo que se pone en su interior, siendo en general juguetes, que él dice son animales. Pájaros, dinosaurios y ratas, de los cuales hay que ocuparse, cuiden la salud del animal puesto así en la jaula. A menudo, es su propio cuerpo el que busca circunscribir cuando, por ejemplo, se cuelga entre los armarios de materiales. Pero no es lo mismo ser el cuidador que se ocupa del animal enjaulado que estar él mismo capturado en el contenedor. Una experiencia nos enseñará lo real del asunto cuando un día decide construir un auto en cartón, en el cual se instala. Ya no puede deshacerse de él, circula en el auto sin poder salir. Cuando la cinta y el cartón ceden a sus movimientos, Jimmy se resiste, se muerde la mano antes de hacer un movimiento de retirada. Desconectado, se cae hacia atrás y

4 Jacques Lacan, "De una cuestión preliminar a todos tratamiento posible de la psicosis", *Escritos* 2, Siglo XXI, México, 2009, p. 511.

5 Desde Baillarger hasta Ségla, el estudio de la sensorialización del fenómeno alucinatorio fue abandonado para privilegiar la de su estructura verbal, y no sonora (confirmado por el hecho de que las personas sordas y mudas pueden estar sujetas a alucinaciones verbales (Cf Cramer). Con Lacan, en *La cuestión preliminar*, el tema de la sensorialización es considerado indiferente, en la medida en que la vocalización renviaría ante todo a las modalidades de aparición del superyó. En este texto, Lacan acentúa una cierta particularidad del pronombre personal, y una cierta particularidad de la temporalidad. Esta perspectiva es muy esclarecedora en el trabajo con Jimmy que nos testimonia bien respecto a la cuestión de la atribución, así como de la contigüidad del pronombre personal y de la injuria. Por consiguiente, no se trata de saber si Jimmy oye o no verdaderamente una voz, sino cómo la lengua se impone con una coloración alucinatoria.

se desvanece durante unos cinco a diez segundos. Cuando vuelve en sí, dice: "Dormí", y decide poner su auto "en el garaje, porque está roto".

Segundo suspenso, el objeto

Pocas veces vi a Jimmy pasar de un lugar a otro sin hacer uso de un objeto. A veces voluminoso, a veces discreto, pero siempre allí. Puede ser alguna cosita tomada en el momento de abandonar un sitio. Una llave, una pelota, un hilo de lana, una rueda de bicicleta, ¡incluso una gallina durante un taller campestre! No se trata de un objeto transicional, escogido cuidadosamente y y preciosamente guardado, porque los objetos de Jimmy hacen serie y, una vez que cumplieron su función, son rápidamente abandonados. En cualquier parte, o más bien en el punto mismo en que su función cambió. En el momento de abandonar un sitio por otro, Jimmy, con una lucidez implacable, se toma su tiempo antes de declarar: "Me llevo eso" y luego irse cargando en la mano la insignia que acaba de hacer con-sistir su cuerpo y el tiempo del pasaje. A veces, el objeto puede ser intercambiado por una simple pequeña ficción, una breve historia que le da un lugar durante algún tiempo, tal como hacer una compra con los otros niños. "¿Vamos entonces a comprar?" Me extiende el barquito de papel que tiene en la mano y me dice: "¿Podés tener esto?" Y se va corriendo.

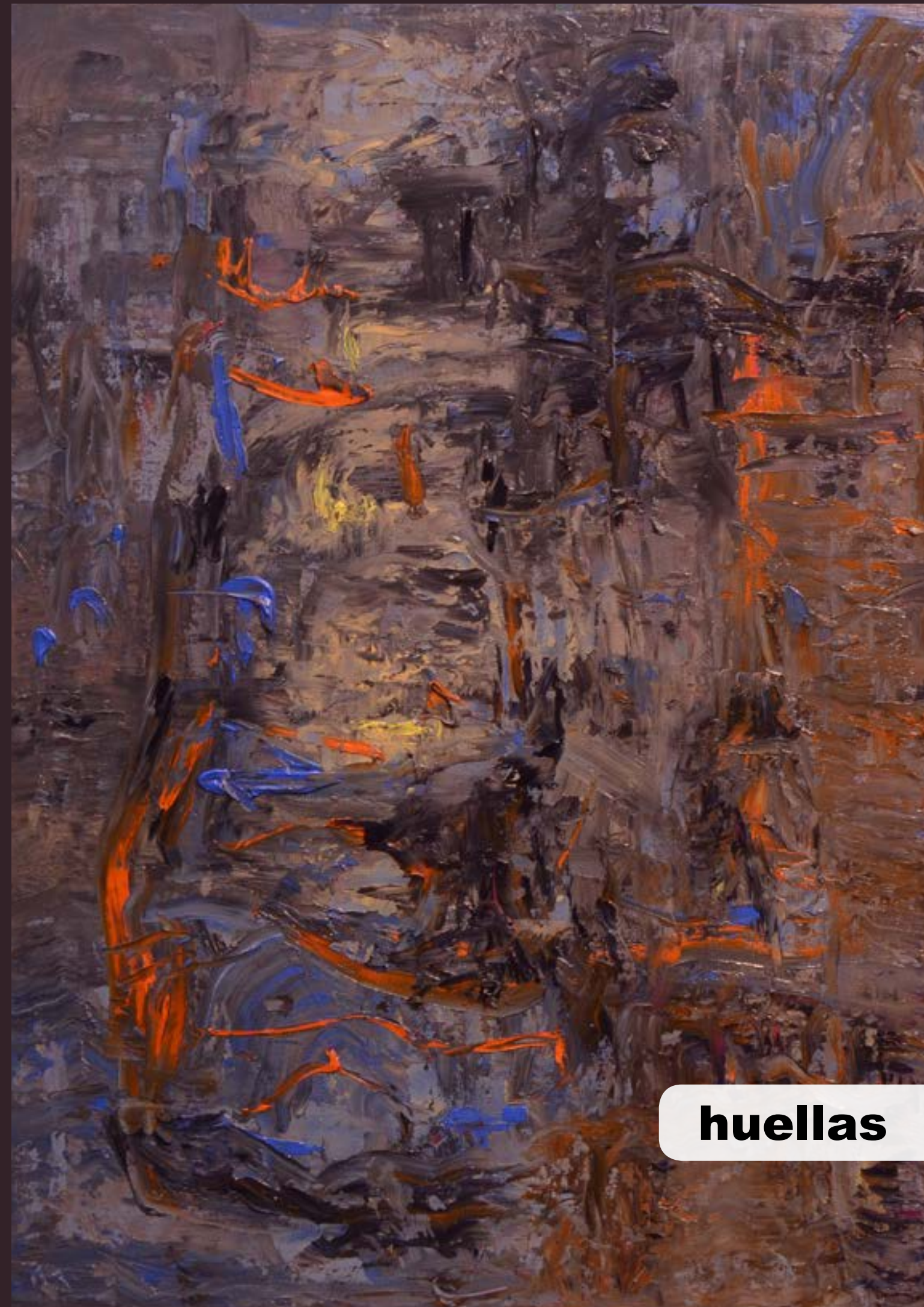
Tercer suspenso, el cuento

Jimmy tiene una manera a veces imperiosa de convocar al adulto para que lo acompañe en sus numerosas ficciones. No juega solo, necesita de un otro. "¿Podemos jugar a la policía?" "¿Podemos jugar al tigre y al caballo?" Lo que es absolutamente destacable, es que Jimmy, que se presenta a menudo bajo un modo de agitación extrema del cuerpo, no ha dejado, en el desarrollo de estos escenarios, de convocar identificaciones que no tienen otro destino que ser atadas, encerradas, en cárceles, en casas, en jaulas, donde se quedan inmóviles y mudos... El ladrón, por ejemplo, que convoca tan a menudo, ¿es de los que roban algo al otro? No, se trata más bien de un ladrón que es perseguido y rápidamente atrapado, esposado y encerrado en la cárcel. ¿Qué figura de animal convoca? ¿El caballo que galopa a toda velocidad? No realmente, sino más bien mudo, atado, o encerrado en su establo. O se trata incluso de un animal herido, inmóvil, que debe sanarse en el hospital debido a una herida cuya marca porta.

Para esta presentación, he decidido distinguir estos tres hallazgos que marcan un suspenso frente a la agitación del cuerpo y al surgimiento del ojo malo y de la voz. Pero solo hago esta distinción para esclarecer la exposición. Unos y otros están, desde luego,

imbricados. La jaula puede ser el objeto que usa para circular, el objeto puede ser el rasgo que soporta la identificación y, lo hemos visto, el rasgo de identificación puede ser el objeto que entra en la jaula. No obstante, observemos que estos hallazgos, así como la irrupción de la voz, resuenan en el tono del enigma singular con el cual tiene que vérselas, en el tema mismo de su perplejidad, previamente encontrada. Jimmy nos entrega un trozo de ella cuando cuenta a una interviniente sus "recuerdos anteriores a sus 4 años": "Había dos perros", cuenta, "yo estaba en mi jaula, tenía miedo. Hay un perro que me mordió, ¿lo ves? Me mordió aquí. Era el perro de mi mamá. El otro perro, el de mi papá, se murió de risa". Alrededor del acontecimiento de cuerpo, emergen significantes y es con ellos que Jimmy teje sus elaboraciones.

La orientación en el trabajo con este joven nos plantea todavía muchas preguntas. Especialmente los pasajes al acto. Por mi parte, decidí partir del cuento y poner en marcha un taller en el que él pone en escena, con otros niños, pequeñas historias bajo la forma de juegos de rol. "Solo tenemos que hacer trabajos, yo soy el jefe de obra", dice. Destaco que, en ese momento, Jimmy puede dirigirse a otro niño de manera más tranquila, explicándole: "¿Ves? Hay que reparar el techo porque hay un agujero, aquí." No es verdaderamente necesario realizar algo, lo importante es proceder repitiendo "trabajamos" a quien quiera oírlo. "Es por el semblante", puede decir en una ocasión. No obstante, es importante que los otros niños sean introducidos en la ficción, con un nombre y una tarea. Si no, puede lanzarse sobre ellos y ladrar. Por supuesto, con Jimmy, la invasión de lo imaginario nunca está lejos y una primera parte del trabajo consiste en no ser partenaire de todo. En un primer momento, aunque partiendo de estas cuentos, decidí introducir un cierto número de cortes en la deriva metonímica instalando por ejemplo días, noches, horas, distinguiendo espacios en el suelo... Poco a poco, lo invitamos a trazarnos los planos de estos trabajos, para que pudiésemos comprender algo, y observamos que tiene un verdadero interés por el trazado. Se concentra, nos explica. Así, amarrado a una nominación, "ser el jefe de obra", un trabajo de escritura se vuelve posible. Primero, mediante los planos que se pone a realizar, luego mediante su firma, y a continuación transcribiendo algunas palabras para describir lo que ha trazado. Tenemos la idea, sin no obstante saberlo de antemano, que la apuesta se sitúa más bien en esta vertiente. Partir de sus significantes, jaula, perro, animal herido, y volverse partenaire de una escritura. Y no en la vertiente del sentido, sino más bien en la de la traza, la de la huella del sujeto en el mundo. Es un poco sobre eso que Jimmy nos ha testimoniado, cuando hace algunas semanas le propusimos guardar sus dibujos y escritos en un archivador. Se apoderó de ellos y declaró: "Esto es solo para mí". Este trabajo es todavía muy reciente. Por el momento, estamos en este punto.



huellas

Huella de un saber perdido

Gerardo Battista

Hace unos meses Gustavo Slatopolsky me invitaba por medio de un mensaje de *WhatsApp* a escribir para este número de *entreUnos*. En ese momento, me encontraba ante la coyuntura de asumir una función que calaba una nueva huella en mi existencia. Esa experiencia precipitó que realice una lectura fallida del mensaje. Cuando le comento a Gustavo el estado de trabajo del escrito, su mirada atónita me hizo entender que algo había equivocado y a “no-saber” ya sobre qué había sido convocado a escribir.

Les cuento esta anécdota pues va al meollo del asunto.

Con Freud sabemos que todo fallido es, en verdad, un acto logrado. Lo que he podido leer de recibir mi propio mensaje en forma invertida fue el recorte “mirada atónita”, la cual he encarnado en los primeros tiempos de trabajo en los talleres de la cigarra.

¿Qué era *eso* que me provoca incomodidad y, al mismo tiempo, animaba un entusiasmo inédito por esta clínica?

Aquello que me inquietaba fue el encuentro ante la presencia real de lo vivo de un “no-saber”. El “no-saber” al que me refiero no se circunscribe a la dificultad del quehacer del analista en un taller de un hospital de día, ni tampoco “no-saber” las coordenadas de cómo piensa el caso el analista que conduce la cura del paciente que transita por los talleres y que ese saber podría orientar el acto analítico. En verdad, mi búsqueda del saber era un intento de reducir lo contingente a lo necesario tratando de eludir el imposible que esta clínica *da a ver* a cielo abierto. Ese imposible de saber me llevaba a leer mucho, seguramente algunas veces empujado por la angustia, hasta que pude localizar que nuestra clínica es sin mapa. La cartografía se irá trazando al andar dejando en cada pisada, un vestigio del pie en un suelo para nada llano; pues su sedimento es un agujero que los analistas, con nuestros actos, debemos preservar. Por esta razón, pienso que lo singular del trabajo en la cigarra es que sus talleres tienen como soporte un gran embudo negro donde confluyen -a modo de un conglomerado- las piezas sueltas de los pacientes. Esta clínica me enseñó que el trabajo, difícil de soportar, *entreUnos* es una experiencia, como entrar a un cuarto oscuro cada vez. Ese agujero de saber que lo torna operatorio y, al mismo tiempo, propiciador de las invenciones de los pacientes y también, por qué no, de los analistas.

En este intento de formalización para ubicar los efectos que la cigarra ha tenido en mi formación se conjugan y ponen en tensión tres elementos que constituyen la siguiente serie: el “no-saber”, el acto analítico y la invención.

Por ello, uno de los saldos de saber que pude extraer para mi formación como practicante del psicoanálisis fue experimentar, soportar y volver operativa la docta ignorancia.

Los lectores de *entreUnos* saben de qué les estoy hablando. Pues esta revista transmite el trabajo en acto que se *realiza* en la cigarra. Al punto que podrán pesquisar cómo las actividades de los talleres mutan en función de “la puesta a punto” del programa de goce del paciente por el cual se había forjado la temática del taller para acompañar su invención.

Bajo ese mismo sesgo, también me enseñó acerca de la neutralidad lacaniana. Una referencia de Lacan en el Seminario *L'insu* barrió con algunos prejuicios y estereotipos que me permitieron poder repensar esta práctica que es *entreUnos* y, también, entre varios. En la clase “Palabras sobre la histeria”, del seminario mencionado, Lacan dice: “qué es la neutralidad del analista sino es justamente eso, esa subversión del sentido, a saber esa especie de aspiración no hacia lo real sino por lo real”. Esta orientación promovía a los analistas que participábamos de los talleres podamos dirimir qué era lo más conveniente a la hora de intervenir en la actividad en función de la tensión entre lo contingente y lo singular que precipitaba el encuentro con cada paciente, cada vez. Es decir, entendí que la neutralidad lacaniana separa la neutralidad de la abstinencia.

Esta praxis *entreUnos* también me ha aportado saber epistémico, ya que me ha permitido pensar no sin la clínica que el lenguaje y el goce no hacen dos. El niño autista no está en este engaño: para él hay un Uno-solo, un Uno-sin-el-Otro del lenguaje. Y este Uno se dice de un solo modo: goce¹.

Agradezco a Gustavo Slatopolsky, a Ricardo Seijas y al equipo de la cigarra por lo aprendido y por saber preservar un “no-saber” fecundo, huella de un saber perdido.

gerardobattista@yahoo.com.ar

¹ Di Ciaccia, A., “Una práctica entre varios”. En: <http://nel-medellin.org/blogla-practica-entre-varios-parte-i/>

Huellas de la cigarra

María Romé

Me alegró mucho recibir la invitación a escribir sobre las huellas de mi experiencia en la cigarra, experiencia riquísima que me movilizó (en las diversas acepciones del término), reavivando mi interés por esta clínica que me atrae desde los inicios de mi formación.

Revisando las notas tomadas en el colectivo de regreso a casa (dos horas de viaje que pasaban volando, entre anotaciones y lecturas, en el intento de dar sentido a lo acontecido ese día en cada taller), no me sorprende encontrar tantas veces la palabra “sorpresa”. Recuerdo entonces mi primer día en la cigarra como si hubiera sido ayer. Mis preguntas previas, que evidenciaban mis prejuicios (¿En qué consisten los talleres? ¿Qué efectos buscan producir? ¿Cómo operan desde la lógica del psicoanálisis lacaniano? ¿Qué lugar ocupa el coordinador? ¿A qué pacientes se incluye en este dispositivo? ¿Constituye un tratamiento en sí mismo?), perdían peso ante las nuevas preguntas que me surgían ante el encuentro con cada taller: ¿Cómo me incorporo, si no sé en qué consiste el taller? ¿Puedo participar sin intervenir? ¿Cómo intervengo, si no conozco a los pacientes? ¿Cómo calcular los efectos de mi intervención?

De esta manera, mis preguntas iniciales con respecto al efecto de los talleres en los pacientes eran postergadas por los efectos que los talleres provocaban en mí, además de la sorpresa: incertidumbre, conmoción de lo establecido, caída de referencias... efectos que, al evidenciar mi posición, operaban como intervención.

Una vez atravesado ese primer momento de desasosiego, la lectura de esos efectos, que hacían resonar las huellas de mis primeras experiencias en la clínica, dio lugar a otro uso de ese no saber, que me permitía estar más despierta en cada uno de los talleres, atenta a lo real de esa clínica, para captar los detalles de las respuestas del sujeto a las que daba lugar. Evidentemente, no sólo no era necesario un saber previo acerca de cómo funcionan los talleres, ni tampoco acerca de los pacientes que participan en ellos, sino que ese no saber era una condición indispensable del funcionamiento de cada taller.

De la inicial expectativa de que me expliquen el dispositivo, pude moverme entonces hacia el encuentro con esta clínica, ideada el propósito de dar lugar a las invenciones del sujeto en el autismo y la psicosis, de acompañar o empujar al sujeto en la producción de algo propio, de una solución absolutamente singular. Mis intentos por dar sentido a cada consigna e intervención fueron cediendo, al constatar una y otra vez que iba más allá del sentido lo que sucedía allí. Una vez más, el encuentro con el autismo y la psicosis me enseñaba sobre el valor del sinsentido en la clínica, esta vez en el marco de un dispositivo que le daba un lugar nuevo para mí.

Simultáneamente, mi participación en las reuniones clínicas y en el seminario teórico de los miércoles, así como el valioso intercambio con mis compañeros de esta experiencia/aventura en la cigarra, me permitió formular nuevas preguntas, algunas de ellas compartidas: ¿Qué tiene el taller de magia, que hace que crean hasta los que no creen? ¿Por qué el taller de matemáticas, o “cero coma uno”, resulta ordenador? ¿Cómo se las arreglan en él quienes no cuentan con el cero para contar? ¿Qué es lo que, del taller de sombras chinescas, anima a Gastón? ¿Qué del taller de la palabra posibilita ese lazo sorprendente entre Vicente y Miguel?

Así, las preguntas acerca de la lógica que subyace a los efectos de las intervenciones en los talleres se multiplicaban y nos impulsaban hacia nuevas búsquedas, lecturas e intentos de formalización. Además del deseo singular de cada uno de los que compartíamos esa experiencia, parecía movernos algo en común, como una especie de gran motor que mantiene y multiplica el movimiento que produce la cigarra.

Más allá de la apariencia, no era magia lo que acontecía en los talleres: esos “artefactos” (Gustavo *dixit*) capaces de suscitar efectos incalculables y de alojar las invenciones singulares de cada uno, incluso las más locas de cada cual, al mismo tiempo que operan como marco, como límite, como una maquinita que trabaja para la localización o el acotamiento del goce cuando éste es excesivo, tales aparatos, capaces de animar lo que estaba inanimado, y de poner un coto a aquello que parecía imposible de acotar, son motorizados por el deseo del analista, encarnado o sostenido por cada uno de los practicantes que forman parte del taller. De allí que, atravesando las diversas actividades propuestas y los diversos modos de intervención posibles en cada taller, la constante es una ética: la suposición de un sujeto capaz de servirse de la consigna que se le ofrece para producir respuestas que tienen algo absolutamente singular, respuestas que a su vez provocan modificaciones en un dispositivo firme pero flexible, capaz de generar en ese mismo movimiento transformaciones en el sujeto.

Tales son algunas de las huellas que dejó la cigarra en mi formación como analista. Huellas cuya resonancia es preciso volver a leer, en tanto de eso estamos hechos, de huellas y sus resonancias, que nos dan una noción de lo que nuestra clínica puede producir.



saber hacer

Aprendiendo sobre el Asperger

Sonia Miguez

“...Un encuentro con alguien que reconoce la subjetividad...eso es lo esencial del psicoanálisis lacaniano, la inclusión de la subjetividad allí donde se intenta ver solamente un trastorno, un déficit, una incapacidad, una falta de habilidades. Suponer un sujeto a quien se le ofrecen las condiciones parava a querer salir de su burbuja, de su encapsulamiento. Para mantener un cierto intercambio con el mundo. Algunos lo han conseguido gracias a la escritura, muchos autistas escriben o dan conferencias.... Existe la posibilidad de hacerse un nombre a través de una experiencia radical como sin duda es la de un sujeto autista.” Vilma Cocoz, “El estado congelado de la palabra en el autismo.” R., de 21 años, ha aprendido informática e inglés en forma autodidáctica desde los 4 años, alcanzando un excelente nivel. Al concluir la escuela secundaria, elige continuar estudiando informática a nivel universitario pero las matemáticas complican su objetivo. Ante su desazón y la de sus padres, les indico que compren una guía de estudios y que ayuden a R. a elegir una carrera sin matemáticas. R. se decide entonces por Traductorado de inglés, pero las materias que comienzan a interesarle lo conducen al Derecho y finalmente a las Ciencias Políticas, ya que considera poder saber qué pasó en cada año de gobierno de nuestro país y comparar entre sí. Su preocupación gira entonces en torno al futuro: cómo se logra tener un trabajo, una esposa, una familia, para ser valorado como alguien común y corriente. Realiza diferentes cursos con salida laboral y cambia su forma de vestir comprándose, luego de una búsqueda exhaustiva, un traje por internet y un celular de marca reconocida. Teniendo un empleo propio y un Iphone logrará saber qué se siente. Me comenta sobre un libro que está escribiendo, “Combate Argentum”: “Escribí un libro para saber qué se siente”. Trata de cuatro amigos informáticos, tres de ellos extranjeros, los cuales intervienen frente a una invasión extraterrestre que destruye a una provincia argentina. Durante varios meses leemos conjuntamente el libro en las sesiones. Le propongo ir organizando la lectura a partir de los rasgos de cada personaje, escribiéndolos en un cuadro, a partir de lo que él enfatiza sobre cada uno: rasgos de carácter, gustos, estudios, origen, familia. R. señala cuando hay similitudes con sus propios rasgos. Mientras tanto, escribe otro libro: “Huargento, comedia romántica sobre hombres lobos, género: realismo fantástico”. A través del curso de las sesiones, R. destaca la importancia de sentirse entendido como “Asperger”. En este sentido, un tío en su infancia y un profesor de la secundaria fueron fundamentales en su vida. Fue el sobrino consentido de ese tío y, del profesor, fue como un hijo. Gracias a este profesor pudo acercarse a los directivos de su colegio y enseñarles lo que es el Asperger. En ocasiones, vuelve al colegio donde cursó la secundaria, visita a ese profesor y repara computadoras en forma de un voluntariado. Señala también

sentirse entendido por los terapeutas que ha tenido en la cigarra, ya que saben lo que es el Asperger. En una oportunidad, me comenta que abandonó un curso de Electricidad porque el profesor se enojó con él por un chiste que escribió en un chat. Ese profesor no lo entiende porque no sabe nada de Asperger. Es allí que le ofrezco otro lugar en la cigarra: que pueda enseñarnos sobre el Asperger, hay muchas cosas que él podría transmitir a todo el equipo y a los otros pacientes. Surge de él, entonces, enseñarnos cómo está conformada una computadora. Se organiza un taller donde R. trae partes de una computadora y nos enseña, utilizando además el pizarrón. Me pide especialmente que lo filme. R. subirá a su blog los videos editados por él mismo, sorprendiéndonos por la importancia que R. le otorga a esta oportunidad de que se transmita su palabra. Su deseo es que quede un registro para que otros también aprendan lo que es el Asperger. ¿Qué es saber algo sobre el Asperger? Considero que dos rasgos de la práctica “entre varios” condujeron a R. a una posición singular dentro del diagnóstico de Asperger. Por un lado, la falta o ausencia en el centro del funcionamiento institucional. V.Cocoz lo explica de la siguiente manera: “la ausencia traducida en no demandar, no pedir, para que los niños no se vean obligados a defenderse de la demanda del Otro que los anula como sujetos”, pudiendo así encontrar el niño un lugar para su invención sintomática. En este caso, su invención se vincula a la escritura, tanto de sus libros como a la edición de sus videos. Por otro lado, el otro rasgo de la práctica es el modo de trabajo en equipo, haciendo abstracción de la identificación por parte de los profesionales, (en este caso de mi lugar de psiquiatra en la cigarra). Cito también a V. Cocoz cuando comenta la experiencia de A. de Ciaccia en L’Antenne y de Bernard Seynhaeve en Le Courtil: “...para la operación “entre varios”...es crucial el modo de funcionamiento en equipo. No en tanto profesionales sino como partenaires del trabajo del niño. Incluso si hay miembros del equipo con varias carreras universitarias, dentro de la institución los galones quedan en suspenso...tiene que saber soportar no estar identificado...”. Darle lugar a la invención sintomática, a la producción del sujeto, a veces desde un saber objetivo, como el analizar y encuadrar a cada personaje de su libro de 480 páginas, es construir un borde, un límite a la fuga de sentido, en especial cuando el deseo del A no es interpretable, cuando no se puede regular subjetivamente la relación al A, cuando el S1 no ha tomado cuerpo.

<https://youtu.be/vqqdtKu7JJc>

